

Mi Ángel

Yuliana Chiple



Capítulo 1

Se suele iniciar una historia presentando a cada uno de los personajes que aparecerán a lo largo de la novela. Desde la protagonistas hasta aquel sujeto que solo saldrá en dos o tres episodios. Se dan explicaciones largas de la razón de porque están ahí y como es que terminaran conociéndose.

Pero la naturaleza de las personas en este relato es salvaje, imprudente e impulsiva. Y es así como se inicia esta novela romántica. Y son así como ellos hacen su inducción.

-¿Dónde esta?- la impaciencia se reflejaba en su mirada.

-En la coci...

La dejó con la palabra en la boca.

Salió casi corriendo en su búsqueda. Lo encontró recargado en el marco de la puerta que daba al jardín.

Se había cortado el cabello, lo sabía por que hace solo unos pocos días dejó de verlo. Ángel le encantaba lo suave que lo tenía, también le fascinaba su color almendra. Aun traía esos lentes cuadrados. A él jamas le gustaron los de contacto, eso no ocultaba el tierno color negro de sus bellos ojos.

Ángel y Emiliano compartían una conexión más que especial, ella sabía lo que él sentía, y varias de esas veces lo que pensaba, mientras que Emiliano conocía cada uno de sus estados de ánimo. La chica era alguien que no se expresaba con frecuencia, solo él sabía cuando cambiaba de estar feliz a triste o de enojo a indiferencia. Se conocían como la palma de sus manos.

Sin reserva, camino hacia él y lo abrazo por detrás.

-Que bueno que estas aquí- hundió el rostro en su espalda

-Esta casa esta enorme, por poco y me pierdo- el sonido de su voz, hizo que los terribles recuerdos se fueran, pero el dolor continuó ahí.

Se giro en el círculo de sus brazos para mirarla con una sonrisa, con ambas manos sujeto su rostro. Fue cuando su expresión cambio.

Solo le bastó echarle un vistazo a su expresión para saber que las cosas no iban bien.

-Algo pasó.

-Claro que no- desvió la mirada, evitando el contacto visual.

-¿Qué fue lo que sucedió?- su tono se volvió serio.

A causa del nerviosismo Ángel jugaba con sus dedos.

-¿Prometes no enojarte?

Suspiro.

-¿Ahora qué hiciste Ángel Quiroz?

Se mordió el labio inferior.

-Golpeé a mi jefe, porque...- la voz se le apago- por favor prométeme que no harás nada estúpido.

Solo se quedo callado.

-¿Por qué lo golpeaste?

-No te diré nada hasta que prometas que vas a mantener la calma.

-Habla de una vez Ángel.

-La razón fue, que me dijo que me llamo zorra y tu sabes que...- lo observo marcharse.

El rostro casi estaba rojo del coraje, camino hacia lo que él suponía era la sala, ahí se encontró con un chico recostado sobre el sofá leyendo una revista.

-¿Tu eres el tal Ignacio Herrera?

-Sí.

Solo eso le bastó para propinarle un golpe directo en la mandibular, haciendo que el pobre muchacho cayera al suelo. Sin pensarlo se le subió

encima, golpeándolo esta vez en el rostro.

-¡Detente!- ella trató de sacárselo de encima.

Dos grandulones aparecieron en escena, tomando al chico por la camisa.

-¿Qué demonios te pasa?!- el rubio se tambaleo al levantarse del suelo.

-¡Escúchame muy bien "riquillo" de pacotilla, sí vuelves a decirle algo a Ángel, te daré la paliza de tu vida!- forcejeo en vano con los dos hombres que lo sostenían.

-¡Sáquenlo de aquí!- a Ignacio la mandibular le daba punzantes dolores, y podía sentir como la mejilla se le inflamaba por el golpe.

Lo sacaron a empujones y jalones del lugar. Anggie iba detrás de los guardaespaldas, hasta que un fuerte brazo la sujeto firme y bruscamente de la muñeca. La mirada iracunda de su jefe le advirtió que era mejor quedarse donde estaba.

-Y tú, ve a traer el botiquín. ¡Ahora!- le dio un fuerte empujón hacia la cocina.

No tuvo otra opción, más que obedecerlo.

Al abrir la puerta, medio personal de la casa, casi se va de bruces al piso. Al parecer, estaban muy pendientes del espectáculo.

-¿Dónde está el botiquín?

Susana se lo paso de inmediato, en su rostro se reflejaba el miedo. La joven ni siquiera se dio cuenta del estado de ánimo de la mujer.

Toda su atención estaba centrada en lo que acababa de suceder.

<< ¿Estará bien?>> la pregunta la estaba matando de angustia.

Regresó a paso veloz a la sala. Ahí, Ignacio soltaba ligeros quejidos mientras revisaba en un espejo la gravedad de sus heridas.

-¿Qué es tu novio, un boxeador?- movió exageradamente la mandibular, para verificar que no estuviera rota.

-Él no es mi novio- saco el algodón y un frasco de agua oxigenada.

Con cautela, la chica ocupo el lugar a lado de él. Humedeció uno de los algodones, con el dedo índice le sujeto la barbilla para tener mejor acceso a sus herida y también poder curar el enorme moretón que se formaba en

la mejilla izquierda. Al parecer Emiliano si le había pegado duro.

Ocasionalmente sus ojos se cruzaban con una mirada parda e intensa, lo que no hacia más que ponerla muy nerviosa. Cuando su jefe la miraba enojado, furioso o altanero, no había reacción alguna en ella; sin embargo ahora el caso era diferente. Le miraba con interés, incluso podía ver la curiosidad reflejada en sus ojos.

Le termino de poner ungüento sobre el moretón.

Por alguna extraña razón, la situación le causaba un "deja vú".

-Nunca te había visto con atención- arrastro las palabras al momento de hablar.

La cercanía de su rostro y el aterciopelado tono de su voz, hizo que la piel se le erizara, y un tenue escalofrío la recorriera de pies a cabeza.

-Eres...bonita.

Ángel lo miró directo a los ojos. Ningún hombre (incluyendo Emiliano) había elogiado su belleza.

Tomando el comentario como una broma, volvió a concentrarse enteramente en su trabajo. Ahora debía curar su labio partido; un hilo de sangre le llegaba hasta la barbilla.

En ese momento comprendió por que todo aquello le causaba un temible "deja vu".

Había visto una película, donde la trama se centra en el romance que sostienen una enfermera y su paciente. La escena más intensa y conmovedora, ella le es curando una herida que tiene en el labio. El muchacho la mira con una intensidad que deja sin aliento, con suma rapidez le arrebató el algodón a la enfermera y los dos se funden en un beso más que apasionado.

Como si estuviera tocando las llamas de una fogata, se alejó de él lo que el sillón le permitió.

Poco a poco su mirada se volvía felina y seductora. Dando se cuenta de la atmósfera que él mismo había formado.

-¿Te pongo nerviosa, sirvienta?- acortó la distancia que los separaba.

Quiso levantarse en ese instante, pero unas fuertes manos la hicieron

volver a su lugar.

-Tienes las mejillas rojas- le dedico una sonrisa de lado- ¿Pretendes contestar hoy?

Por el grado de cercanía y las circunstancias, a penas y escucho lo que le preguntaba.

-¿Cual...cual pregunta?

-¿Qué si...- le sujeto el mentón, alzando levemente su rostro; sus respiraciones se sentían una a la otra - te pongo nerviosa?

Las piernas no le querían responder, y el rostro de Ignacio ya casi tocaba el de ella.

El sonido de una risa la sobrecogió.

-¿Enserio creíste que iba a besarte?- una sonrisa cínica estaba dibujada en su rostro. Le palmeo la espalda en modo de consuelo- no tienes tanta suerte. Descuida iré al hospital mañana.

Se levanto, escondió los pulgares en sus bolsillos y se marchó con una sonrisa de oreja a oreja.

El rostro de Ángel volvió a enrojecer, pero esta vez de furia sus manos se crisparon a sus costados, volviéndose puños.

-Ese hombre...es el imbécil más grande del planeta.

Capítulo 2

A diferencia de los dos primeros días, la semana restante fue bastante... decir que tranquila era ser demasiado amable.

Pronto Ángel se acostumbró a los desayunos a las dos de la tarde, las cenas a medianoche, los gritos, las ordenes y el desastre del "ogro Ignacio".

La hermana mayor del joven, Sandra a quien la contrató se paraba muy poco por la mansión.

Con el poco tiempo que llevaba ahí, se dio cuenta que los hermanos Herrera, eran por así decirlo, muy peculiares.

-Quítate esa ropa, se te ve horrible.

-Soy un modelo, se perfectamente lo que se me ve bien. Además, me visto como yo quiera.

Sandra volvió a darle una mirada.

-Pues se nota que te vestiste a oscuras- cruzo la pierna

-¡Basta! no eres quien para darme ordenes

Bajo la revista y le clavó la mirada.

- Si no subes a cambiarte en este momento, quemare esa ropa personalmente- le apunto las escaleras.

Frustrado subió de nuevo.

-Solo te diré, que lo hago porque quiero, no porque me lo ordenes

-Si, si como tu digas- volvió a la lectura

Aun a pesar de que Sandra controlaba muy bien a su hermano menor su poca estancia en la casa dejaba a todos desprotegidos ante "el amo Herrera", que era como algunos lo llamaban.

-¿A donde vas Ángel?- le preguntó Laura con una pila de platos en las manos.

-Saldré un rato...

-Sabes que si el joven no te encuentra se molestara mucho.

-Tranquila, volveré antes de que se levante- salio de la casa.

Llevaba toda la semana pensando en lo sucedido con Emiliano, necesitaba hablar con él o al menos saber si estaba bien. Y sabía perfectamente que a esta hora tomaba un café en la cafetería que estaba a dos cuadras de su casa.

El camino era un poco confuso a pie, pero logro llegar. Llámalo coincidencia, cuando ella planeaba abrir la puerta del establecimiento, el chico iba saliendo de el.

-Hola.

Se sorprendió mucho al verla.

-Hola... ¿Qué haces aquí?-

-Quería saber cómo estabas. Por lo del insi...

-Tranquila, todo esta bien- lanzaba constantes mirada furtivas hacia la tienda- si ese tipo sigue tratándote mal, ya sabes que con gusto le doy otro golpe.

-¡No!... digo, él es así siempre. Bueno, menos grosero... ¿Estas bien?

-¿Qué?

-Te noto algo nervioso.

Dejó caer los brazos en modo de rendición.

-Anggie, tengo que...

La puerta de la tienda se abrió interrumpiendo la frase del joven. La persona que salio del lugar, hizo que un escalofrío recorriera la espalda de la joven.

-Amor, no vuelvas dejarme sola así- la sonrisa de Susy desapareció al ver quien lo acompañaba.

<<¿Amor? ¿Por qué la odiosa de Susy lo llamaba de esa forma?>>

-Estoy saliendo con Susy- alargó el brazo para tomar su mano.

La mirada de la pobre chica quedó fija en sus dedos entrelazados.

-Tienes que estar bromeando- no despego la vista de sus manos.

-¿Suzy, puedes esperar adentro?

-Pero...

-Por favor.

Los miro de hito en hito.

-Esta bien- lo besó en los labios y se fue.

El silencio que vino después de su partida, le dejó claro a Emiliano como se sentía al respecto con la noticia.

-Termina ya con esto, es una broma de mal gusto.

Agacho la cabeza.

-No es ninguna broma. Salgo con ella.

Que él repitiera la frase fue un golpe aún más duro, la garganta la tenía seca y las piernas comenzaron a temblarle.

-Es que no puede ser cierto. Tu eres mi mejor amigo y ella... ella... ¡es una perra!

Levanto la vista furioso.

-Te prohíbo rotundamente llamarla de esa forma- alzó la voz.

Los ojos de la chica se abrieron como platos.

-Lo siento yo no quería...- avanzó hacia ella.

Esquivo su acercamiento, no quería que la tocara. No con la mano con que había sostenido la de esa zorra.

-Búscame cuando vuelvas a ser mi mejor amigo, y no el novio de esa estúpida.

Lo único que quería era correr, huir.

Ni siquiera porque le suplico que se quedara y lo escuchara, Ángel se detuvo. Salió huyendo de ahí. No paro de caminar cuando escucho que él la llamaba, tampoco cuando un auto quedó a solo centímetros de

arrollarla.

Siempre hacia lo mismo, la hacia sentir especial y después la bajaba de la nube. La cercanía que compartían y los recuerdos le hacían pensar que quizá existía una posibilidad entre ambos, una oportunidad de que la viera como mujer y no como esa chiquilla que rescató en un momento tan frágil para ambos. Sin embargo Emiliano no deseaba lo mismo.

Le dolía verlo con esas chicas, saber que ellas si tenían el título que ella tanto ansiaba, mientras que solo se conformaba con ser la que lo consolaba cuando esas relaciones no salían bien. <<Regresara a ti, no te preocupes>> decía una voz optimista. Lo sabía, sabía que le encontraría algún defecto a Susy y volvería. Le pediría perdón, la miraría con esos bellos ojos pardos y volvería todo a ser como antes.

<<Siempre es así>>.

Capítulo 3

Se encontró caminando hacia la mansión. Por costumbre, miro su reloj y al darse cuenta la hora que era a punto estuvo de desmayarse.

-El joven se levantara en cualquier momento- comenzó a apurar el paso.

Cuando entró a la casa, presencié una peculiar escena. Todo el personal estaba "pegado" a la puerta del despacho personal de Ignacio.

-¿Qué pasa?-susurro.

-La señora Consuelo llegó y esta hablando con el joven- Blanca a penas y miro a la chica, su concentración radicaba en tratar de escuchar algo proveniente del otro lado.

-¿Quien es ella?

Le dio un ligero golpe en la nuca.

-¡Auch!

-Como que quien. La señora de esta casa.

El rostro de Ángel se sorprendió. Jamás había conocido a la señora Herrera.

El despacho que alguna vez había sido de su padre, hoy lo tenía Ignacio. Tras su partida al extranjero, lo primero que hizo el chico fue exigirle este mismo espacio a la mujer. Y no se lo dio precisamente por que ella quisiera, si no para que su hijo dejará de hacer berrinche.

Dentro de él, están ambos sumidos en un silencio por demás insoportable. Dada la naturaleza orgullosa de Ignacio y su repudio hacía su progenitora, fue ella la que tuvo que comenzar hablar.

-Pensé que estabas estudiando- se cruzo de brazos.

-¿Para qué? Mi vida es genial sin la presión de los estudios- el castaño se recostó en el sofá.

Le molestaba mucho saber que su hijo era un holgazán. Solo sabía gastar dinero, ser irrespetuoso y coquetear con mujeres.

-Me gustaría que hicieras algo productivo.

La miro con el ceño fruncido aventó un largo suspiro para a continuación, reincorporarse de nuevo.

-¿De cuando acá te intereso?- la hipócrita que decía ser su madre, lo molestaba. Para el parecer del joven, ella nunca asumió el papel de madre abnegada. Solo los había tenido a su hermana y a él por compromiso. Nunca se quedó un fin de semana, día festivo o cumpleaños.

Hace ya tiempo que se había cansado de llorar por no tener una madre que le diera el beso de buenas noches o siquiera un abrazo. No necesitaba a nadie. Solo una cosa recibía de ellos y eso era dinero.

-Ignacio, no me hables así que soy tu madre- se colocó una mano en el pecho en modo de indignación.

Soltó una carcajada.

-¡Vamos, Consuelo! Seamos realistas, eso nunca lo fuiste.

-¡Ignacio!

Interrumpiendo el momento, el sonido de un celular resonó en la habitación. Levantó un dedo para callarla. Ella se lo arrebató. Al ver el número, puso los ojos en blanco.

-Entrégame lo.

Ignoro su orden

-¿Todavía sales con esa tal Isabella?

-Mi vida privada no te importa.

-Claro que sí, porque es mi dinero el que gastas. Te advierto...

Ahora fue él quien le arrebató el aparato.

-¿Vas a darme nalgadas y mandarme al rincón?- se rió sarcástico.

-No, voy a bloquear tus tarjetas de crédito. Estoy harta de que gastes dinero en esa niña.

-Tu no puedes hacer eso.

-Por supuesto que lo haré.

Sus manos se volvieron puños, la mandíbula la tenía tensa. Sintió como la sangre le hervía bajo la piel.

-¡No puedes venir aquí y hacer eso!

-Detente...

-¡Eres la persona más falsa y mezquina que conozco, ¿por qué ahora vienes y tratas de asumir un papel que nunca has tenido?!- le escupió las palabras con todo el odio que pudo.

-¡CÁLLATE!- lo abofeteó- ¡Quieras o no soy tu madre y vas a respetarme!

-Tu no mereces mi cariño, mucho menos mi respeto.- si las miradas fueran puñales, Consuelo Herrera ya hubiera sido asesinada por su propio hijo.

Le dio otra bofetada.

Contó hasta diez, se arregló su cabello y el conjunto de ropa (de marca reconocida y muy costoso) que traía puesto. Muy pocas veces la mujer perdía los estribos.

-Tengo que irme. Y respecto a lo que te dije. No es una advertencia, si no una promesa. No te daré ni un centavo, hasta que termines con esa chica- tomo su bolso y salió por la segunda puerta.

Ignacio se quedó ahí de pie. Tragándose el coraje, el odio y las ganas de asesinarla con sus propias manos. Cada vez que su madre venía, todos debían bailar al son que ella marcaba. No importa la opinión de los demás, solo la de ella.

Comprendió la situación en ese momento.

<<Yo hago lo mismo que ella>>.

Recordó la escena más reciente vivida. El pleito con su empleada.

La tal Ángel se había molestado cuando él la llamo prostituta. La escena de ella dándole la bofetada se repetía en su cabeza; Ignacio le exigió en ese momento una disculpa, pero ella mantuvo una postura recia y no se

arrodillo como él le gritó que lo hiciera.

Al principio sintió mucho coraje, que aun que no lo aceptara se volvió admiración. Nadie lo había enfrentado como ella. Esa decisión y agallas, nunca las había visto en otra persona.

En ese momento la envidió, le hubiese gusta tener esas agallas para enfrentar a su madre.

Todo a su alrededor eran poses, tenía que ser el hijo ejemplo, y los demás días pretender con su familia ante todos que eran también perfectos. Pero la mascara ya no encajaba con él. Se había cansado de fingir.

Con la furia al rojo vivo, tomo un embace de cristal y lo estrelló contra la mesa del mismo material. La mesa se hizo añicos al instante, se agacho para tomar un gran pedazo y lo apretó contra la palma de su mano. Se mantuvo así hasta que la sangre empapo la manga de su camisa y las punzadas de dolor eran muy agudas. Por un largo tiempo se dedico a solo observar la herida.

Muy tarde se dio cuenta que alguien tocaba la puerta.

-¿Quién?- observó su propio reflejo en el cristal destrozado. Estaba llorando.

-Soy yo, Ángel. ¿Puedo pasar?

-Has lo que quieras.- fue su respuesta.

La puerta se abrió lentamente. Igual a una ardilla curiosa, la cabeza de la chica se asomó con cautela.

-¿Que pasó aquí?

La expresión de pánico de su sirvienta lo hizo sonreír; fue solo una mueca en realidad.

-¡Dios mío!- se llevo la manos a la boca por la sorpresa- esta sangrando.

-Ya me di cuenta- puso los ojos en blanco.

Corriendo fue hacia un estante, de donde saco el botiquín de emergencias. Volvió al sofá, y comenzó a sacar todo lo necesario.

-Estoy bien- aparto la mano, cuando ella intento curarla.

-Es más que evidente que no- tiro de su brazo- Primero su cara y ahora

esto.

Humedeció un algodón y empezó a limpiar alrededor de la herida.

-¿Qué paso?

-Me enoje y rompí la mesa favorita de "mi madre"- << y lo disfrute>> agregó para sí.

Ella no contestó, siguió limpiando la herida.

-¿No vas a decirme que hice mal al hacerlo? o si quiera preguntar porqué lo hice.

Negó.

-A veces es mejor dejar salir el coraje que guardarlo. Solo que la próxima vez, no se lastime- hizo el mismo procedimiento con otro algodón- no estaré siempre para curarlo.

-No te pedí que lo hicieras.

-Ya lo se. Yo quise hacerlo.

Se dedicaron a mirarse a los ojos por un tiempo.

-Gracias- susurro entre dientes.

-¿Perdón?

Gruño.

-¿Me obligaras a decirlo en voz alta?

Ángel sonrió y se encogió de hombros.

-Gracias.

-¿Por qué?

-Por curar mi herida- su mirada se volvió cálida- en serio, gracias, Ángel.

Escuchar su nombre de aquellos labios, se le hizo extraño y reconfortante.

-D-debo seguir con la herida.

Después de unos minutos de dolor, la mano estaba vendada.

-Listo- guardó las cosas en su sitio, pero antes saco un pañuelo y se lo extendió.

Ignacio lo tomó sin comprender muy bien porqué se lo estaba dando.

-Solo la he limpiado para que no le de problemas, pero debe ir a un hospital y ver si no necesitara puntadas- hizo una pausa, para agregar al final -Me alegra saber que no es tan malo como aparenta- le sonrió.

Entonces recordó las lagrimas secas en sus mejillas; levantó el rostro para decirle algo, pero ya se había ido.

Capítulo 4

Ángel, ayudó a Nora a lavar los platos después de la comida.

-Estas muy sonriente hoy- e dio un leve golpe con el codo.

-¿Yo?- frunció el ceño.

-Sí, ¿te sucedió algo bueno el día de ayer?

-Na...

El sonido de un golpe, interrumpió su frase.

-¿Cómo que no tengo acceso a ese dinero?!

-Lo siento joven, pero su madre especifico...

-¡Esa bruja no es mi madre!

-No puedo hacer nada contra la decisión de la señora Consuelo, lo siento.

Ambas sirvientas se miraron una a la otra.

-Vamos a ver qué paso.

-No...- la tomo de la mano y la arrastro hacia la sala. Escondidas detrás de una pared, observaron cómo se iba el hombre que había hablado con Ignacio.

-¡Maldición!- golpeo la mesa con la mano herida.

La chica entro en pánico al observa como el vendaje que cubría su mano, enrojecía. La herida se había abierto.

-Está herido- dio un paso hacia el cuarto.

-Anggie, no vayas- su compañera intentó detenerla, pero no pudo.

Sin importarle las protestas de la otra chica, Ángel salió de la cocina y se encamino a la sala, ahí entró en el campo de visión del iracundo chico.

-¿Qué quieres?!- todo su cuerpo irradiaba la furia que sentía.

-Su herida- trato de acercarse para ver si su mano estaba bien

-¡Estoy bien, lárgate de aquí!

Las palabras la golpearon más de lo esperado.

<< Adiós al Ignacio agradable>> se lamentó.

-Sí, señor- se giro hacia la cocina.

Cuando entró, Nora le dio un fuerte abrazo, estaba contenta de que nada le hubiera pasado.

-Te dije que no fueras, pero eres terca.

Apenas y la escucho. Estaba absorta en su propio coraje. Primero Emiliano la traicionaba vilmente y le grita, después cree tontamente que Ignacio es una buena persona y cuando se preocupa por él, hace lo mismo.

<<Estoy cansada de que me traten de esta forma>>.

-¡Estoy harta de ser considerada con los demás y que me griten!- sus manos se volvieron puños- ¡es la última vez que lo hago!

-¡Sirvienta!- la voz provenía a sus espaldas; esa forma de gritar tan autoritaria y exigente la termino por sacar de sus casillas. Se giró con toda la intención de encarar lo.

La bilis se le subió a la garganta.

-¡¿A que vino?! ¡¿A gritarme más?!- lo encaro- ¡Déjeme decirle que ya estoy harta de sus desplantes, vaya a gritarle a su madre que es la de la culpa. Y a mi déjeme de joder la vida!- iba a irse, pero aun no acababa - ¡lo olvidaba, eso es para usted imposible, ya que su vida es tan mediocre que tiene que hacerla igual para todos!

Más que satisfecha con lo que dijo, lo dejó ahí parado con el rostro sorprendido y se fue para su habitación. La euforia del momento hacía que su cuerpo temblara.

Se tiro en la cama y tapo su cabeza con una almohada. Pasó horas en esa postura, hasta que el mismo sueño la venció.

-Sirvienta- los gritos se escuchaban lejanos- ¡Sirvienta!

Se tapo los oídos.

-No puede ser hasta en sueños lo oigo.

-¡Sirvienta!

Abrió los ojos al escucharlo más cerca. Su reloj marcaba las dos de la madrugada. La volvieron a llamar y pudo ver un intercomunicador en su mesita de noche.

-¿Si?- pulso un botón.

-Ya era hora de que contestaras. Tráeme un pastel de chocolate, una docena de galletas, también de chocolate y una malteada de lo mismo. Y que sea rápido.

La expresión de espanto en el rostro de la chica era para dar risa.

-Pero son las dos de la madrugada.

-¿A caso te pregunte la hora? Tráeme lo que te pedí. ¡Ya!

Sin saber que más hacer, busco ayuda en su compañera de cuarto.

-¿Qué pasa?

-¿Sabes en que cuarto están los cocineros?

Nora tardó en contestar.

-Ellos no viven aquí, llegan hasta mañana a las seis. ¿Por qué? ¿Tienes hambre a esta hora?- apenas y abrió los ojos.

-S-si un poco.

Suspiro.

-Tendrás que esperar hasta mañana- se giro- o puedes hacerte algo tu misma. Ahora por favor, déjame dormir.

Sin más ayuda, pensó detenidamente las opciones que le quedaban. Si le decía a su jefe que no podía traer lo que él le pedía sin duda se pondría furioso. Así que solo le quedaba una opción.

-Hacerlo yo misma.

Bajo silenciosamente las escaleras. Después de encender la luz, buscó el recetario, en el, la receta del pastel de chocolate.

-Solo hiciste una cosa bien tía, y eso fue enseñarme a cocinar.

Lo hizo lo más rápido que pudo, eso sí, siguiendo cada indicación del libro. Mientras el pastel estaba en el horno, siguió con las galletas, al tercer intento lograron quedarle bien. El pastel, estuvo a punto de quemarse, pero lo salvo a tiempo. Tomo el chocolate y lo vertió casi todo alrededor. Las galletas ya estaban listas.

-Solo falta la malteada.

No supo cuanto tiempo paso, solo sabía que ya estaba listo todo. Se sacudió la harina y subió con una bandeja todo el pedido.

Al entrar encontró a Ignacio en la cama.

-Ya era hora, estoy muriéndome de hambre- le arrebató la bandeja. Comenzó a devorar las galletas.

Al verla aun de pie frente a él se detuvo.

-¿Qué?- le pregunto con la boca llena de chocolate.

-¿Su mano está bien?

Trago. La observo con algo de molestia y sorpresa.

-Te levanto en la madrugada para que me traigas todo esto, todavía tienes que subir con una pesada bandeja y en lugar de gritarme como lo hiciste esta tarde, me preguntas por mi mano- negó con la cabeza- tú estas mal.

- Lo siento- agacho la cabeza.

<<Solo una tonta como ella pide disculpas por preocuparse por alguien más>>.

-Es la primera vez que alguien se preocupa por mí en mucho tiempo- dejo de comer- se siente raro.

Levantaron la vista al mismo tiempo. El coraje que albergaba se esfumo al ver al chico tan vulnerable. A ella aún le sorprendía la capacidad que tenía ese hombre para hacerla enojar, pero también para hacerla bajar sus defensas.

-¿A qué se refiere con raro?

-Que me hace sentir bien- pensó en voz alta.

La mirada de él se volvió inquieta.

-¿Lo hago sentir bien joven Ignacio?- sonrió tímidamente.

-Será mejor que te vayas Ángel- era la segunda vez que la llamaba por su nombre.

Asintió y caminó hacia la puerta.

-Por cierto, no te disculpes cuando le digas a alguien que estas preocupada por él, es muy estúpido- volvió al pastel que tenía enfrente.

-Tomare eso como un halago.

- ¿Quién te esta halagando?- lo dijo con la mitad de la cara llena de betún. Le pareció la imagen más infantil que había visto.

Le sonrió abiertamente, para su sorpresa él hizo lo mismo.

-Buenas noches.

-Buenas noches sirvienta.

Por primera vez, en el tiempo que llevaba trabajando ahí, esa palabra no le pareció ofensiva.

Durmió con una sonrisa en el rostro esa noche.

Capítulo 5

Para antes de las dos, Ángel ya tenía el desayuno listo, sabía que su jefe despertaría en cualquier momento

-¿Por qué arreglaste tanto la mesa?- Blanca se miraba con mucho interés las uñas.

-Quería que se viera bien.

Levanto la vista.

-¿Para el joven Ignacio?

-No.

Adoptó una postura desafiante.

-A mi no me engañas niña. Algo pasa entre ustedes.

-No pasa nada.

-¿Vas a obligarme a hacer que lo digas?

Ángel se cruzó de brazos

-¿Y tú crees que me dejaré?- se había cansado de los abusos. Suficiente tenía ya con el mal genio de su jefe.

-¡Te he dicho que no me levantes tan temprano!-los gritos procedían de las escaleras. Las puertas del comedor se abrieron de golpe.

Ignacio miro a su empleada, después el plato lleno de comida puesto en la mesa.

-¡Vaya! por fin haces algo útil-Parecía estar de un humor de perros. Se sentó y comenzó a comer, sin decir nada.

-¿Comerá todo eso después de lo que ingirió durante la madrugada?

Le lanzó una mirada envenenada.

-Tus comentarios estúpidos me irritan- tenía la boca llena cuando lo dijo.

Se quedó a su lado mirándolo comer, era obvio que Ignacio sufría de desórdenes alimenticios. Por su forma de comer tan despreocupada y la

ingesta excesiva de cosas dulces.

Su hermana le había dicho una vez, que las personas que comían muchos alimentos dulces, eran gente que constantemente se deprimía.

Susana entró, interrumpiendo los pensamientos de la joven.

-Joven Ignacio, la señorita Isabella está esperándolo.

Se quedó con el tenedor a medio camino de la boca.

-Dígale...- se levantó al instante- que voy en un momento.

Susana asintió y desapareció.

Fue la primera vez que lo vio ponerse nervioso, caminaba de un lado a otro. Se acomodó el cabello con los dedos, se arregló la camisa e hizo una mueca al verse en el espejo.

-¿Cómo me veo?- volteó a verla.

Ángel parpadeo.

-¿Perdón?

-¿Me veo bien?

-Si usted siempre está estupendo- << idemonios! ¿por qué dije eso?>>

-Ok.

No pareció notar su comentario, con rapidez se dirigió hacia la sala de estar.

Por su parte, ella no pudo aguantar la curiosidad, se asomó solo un poco para ver a la chica. Tipos como ese rubio, siempre salían con mujeres guapas. No le sorprendió para nada ver como era su novia.

Lo primero que vio fue su figura esbelta, tenía la piel ligeramente bronceada, el cabello le llegaba por debajo de los hombros y era de un rojo caoba muy intenso, en forma de risos muy bien definidos. La chica en si desbordaba elegancia y delicadeza, sus ojos negros reflejaban avidez, el pequeño y respingado montículo que representaba su nariz, le daba un toque adorable y por último estaba sus generosos y rosados labios.

<<Perfecta>> pensó al instante.

-Hola hermosa, te extrañé mucho- le dio un fuerte abrazo.

-Yo también, cariño- le dio ligeros besos por todas partes.

La tomo de la mano y la llevo al sofá, ya ahí la sentó en sus piernas.

-¿Cómo te fue en Hawái?

-¡Genial! Allá todo es bellísimo, el mar, los hoteles, las personas...

Dejó de escuchar el parloteo de la chica para concentrarse en su jefe. Todo en él decía lo mucho que la quería; la fascinación con que la miraba y la delicadeza con que la tocaba.

Sintió una punzada de celos, pero eso para nuestra chica era normal. Sentía celos de todas las parejas que veía. <<Algún día, Emiliano me vera de esa misma forma>> suspiró.

Esa esperanza parecía muy lejana

-Anggie- alguien le susurro por la espalda.

Dio un respingó al instante.

-Dime.

-Te buscan afuera.

-¿Quién?

-El mismo chico de la vez anterior.

Apenas escucho su nombre salió corriendo.

<<Ves, volvió>>. La voz en su cabeza sonaba triunfante.

Lo encontró recargado en un árbol, llevaba el cabello ligeramente despeinado.

-Hola- saludo sin aliento, al llegar a su encuentro.

Por su parte, el aludido no se veía con el mismo entusiasmo que lo caracterizaba. Cosa que le hizo recordar por qué estaban enojados.

-¿Terminaste con Suzy?- fue lo primero que se ocurrió preguntar.

-No.

La máscara que siempre usaba apareció. Ángel rogó porque él no hubiera visto lo mucho que le afectaba aquello.

-Entonces no sé qué haces aquí.

Se acercó y tomó sus manos.

-Anggie por favor, estoy seguro de que se pueden llevar bien. Eres muy importante para mí, no quiero perderte.

Estuvo a punto de ceder. Solo a punto.

-Lo siento, pero no puedo esa chica abusó de mí dos años. No puedo fingir que somos las mejores amigas por ti. Eso sería ser hipócrita.

Se apartó de golpe, maldijo y se agarró el cabello con desesperación.

-¿Por qué tienes que complicar las cosas?

-¿Ahora soy yo la culpable?

La sujetó por los hombros.

-¿Qué es lo que quieres?!- la sacudió ligeramente, ella lo empujó.

-¡Te quiero a ti!- se lo gritó en las narices- es todo lo que quiero.

-Ya discutimos esto, por favor....

-¡Y lo seguiremos haciendo! ¡Mientras tú estés con esas chicas, yo no puedo estar contigo!

-Ángel- intentó abrazarla, pero ella se rehusó.

<<No quiero las migajas de otras>>.

-Ya te lo dije. Si sigues con Suzy, no me busques.

El perder la compostura y haberle gritado le molestó. Tratando de guardar la poca dignidad que le quedaba, se dio la media vuelta y regresó a la mansión. Se refugió en el jardín trasero. Segura que él no la seguía y de que nadie la estaba viendo, se permitió llorar.

Trato de refugiarse en el rincón más apartado, entre los árboles y los arbustos. Miro las rosas y los girasoles, hasta que sus propias lagrimas le nublaron por completo la vista; escuchó sollozos dándose cuenta que eran

suyos. Trato de no llorar tan desconsoladamente.

-¿Por qué no puedo odiarte?- dejó caer también el rostro- ¿Por qué simplemente no desapareces?

Ángel soñaba, no anhelaba ser algo más. Ser esa persona por el que alguien se desvela, la primera en la que piensan y sonríen al hacerlo. Por la que hacen locuras solo para estar con ella, a la que le dicen frases bonitas; recibir un beso de amor seguido de un "te amo". La que consuelan en los días en que se sienta mal, a la que le hagan promesas. Y quería que esa persona fuera él.

No había sido su primer amor, pero gracias a Emiliano, hoy podía respirar fuera de esa enorme jaula en la que su hermana una vez la encerró.

El pensar en el pasado, sus horribles memorias volvieron. Su hermana Dana, las mentiras de Dario, esas pobres mujeres y.... el prostíbulo.

-Eres lo único que me queda. Sin ti, muy probablemente seguiría en esa pesadilla. Solo quiero que me ames, que seamos normales y estemos juntos.

Estaba cansada de estar sola, de que la maltrataran. Quería el lugar de Suzy o incluso el de Isabella.

<<Deseo con todas mis fuerzas ser normal. Olvidar de dónde vengo y quienes me lastimaron. Quiero experimentar el amor, como todos los demás>>.

-¿Sirvienta?

Dio un respingón. Se levantó de la silla y ocultó su rostro.

No quería que nadie la viera así.

Capítulo 6

-Lo siento joven. ¿Necesita algo?

-Saber si tú estas bien- le extendió el pañuelo que ella le había dado la otra noche.

Avergonzada lo tomo y se limpió las lágrimas.

-Sí...

-Vi a tu novio el boxeador salir. Él te...

-Mi vida privada no le importa. Así que por favor no se meta- lo más rápido que pudo camino hacia la puerta que daba a la cocina.

-Ya es hora de la comida, arregla la mesa del comedor- la abordó al instante Susana, agradeció al ama de llave darle algo que hacer.

Solo quería olvidar lo que había pasado.

Al regresar del jardín, se encontró con Isabella en el comedor. La invitó a sentarse, pero ella declinó la oferta.

-Osito, que te parece si en lugar de comer aquí, comemos en el nuevo restaurante que abrieron. Está un poco caro, pero sé que eso para ti no es problema- le sonrió alegremente.

Por su parte Ignacio se quedó en completo silencio.

-Isa, hay un problema... mi madre me retiro los fondos y en este momento no tengo mucho dinero.

La sonrisa de la chica se transformó en un ceño fruncido.

-¿Cómo qué no tienes dinero?- el tono molesto era muy evidente- Pero eres modelo y te pagan bien.

-Sí, lo se trata de entender que yo también tengo necesidades, no puedo gastarlo todo en ti.

El comentario la ofendió.

-Paso dos semanas en Hawái y lo único que quiero es estar con mi novio y

resulta que no tiene dinero- fingió estar a punto de llorar.

El la abrazó.

-Tranquila, mira tú puedes pagar esta vez y ya después...- lo empujó.

-¿Pagar yo? No querido estás muy equivocado. ¿Cuánto durara este castigo?

-Ella dijo que... tengo que terminar contigo- la tomó de las manos- ¡Pero por supuesto que no lo haré!

La pelirroja se apartó de él con el rostro más que decidido. El pánico la embargó al pensar que su novio no tendría dinero.

-Será mejor que terminemos.

-¿Qué?

<< ¿Qué?>>. Ángel (quien había estado poniendo los cubiertos y las servilletas, todo este tiempo) levantó el rostro al escucharla.

-Necesitamos un tiempo para pensar las cosas. Hay que darnos un "break"- le sonrió.

-Pero yo no....- le colocó un dedo en los labios.

-Es lo mejor osito- le besó la mejilla- Bye, bye.

Los tacones de la chica al salir se escucharon por toda la mansión, segundos después la puerta al cerrarse.

Un silencio absoluto reino en el comedor.

-Estaré...en mi cuarto- aún tenía la cara de estupefacción cuando se giró hacia la cocina.

-No joven, su cuarto esta para el otro lado- le apunto las escaleras.

-Gracias- las subió lentamente.

Ángel ya estaba en su quinto sueño cuando alguien la llamo.

-¡Sirvienta! ¡Sirvienta!

-¿Qué sucede?!- se levantó tan rápido que se cayó de la cama. Alzó la mano y a tientas buscó el intercomunicador. Aplano el botón.

-¿Qué quiere?- lo dijo en un bostezo.

-¡Al fin contestas! Quiero que me traigas esta vez, dos pasteles de chocolate y dos malteadas

Dejó caer la cabeza en la mesa.

-Está bien.

-Y hazlo rápido esta vez.

Arrastro los pies hacía la cocina, tropezó un par de veces, pero llegó completa.

La tranquilidad reinaba en la habitación de Ignacio, lamentablemente él no se sentía en paz.

-Tal vez no debí haberle gritado- no podía entender por qué a veces el remordimiento le ganaba cuando se trataba de la chiquilla esa- ¡Tonterías! Ella es mi empleada y debo tratarla como a los demás.

La cabeza le dolía y el estómago le pedía alimento. Así era cada vez que sufría un ataque de furia.

Apenas podía con lo de su madre, y ahora tenía que lidiar también con que su novia le había pedido un tiempo. Todavía no lo asimilaba; ninguna chica lo había dejado antes, era siempre él quien las votaba. Sin embargo, no le afectaba tanto como pensaba.

Sabía la razón de su cambio. Dinero.

Ignacio estaba tan necesitado de cariño que incluso podía fingir no ver lo obvio.

Solo habían existido tres personas a las que había amado sinceramente. Sus abuelos y.... su primer amor. Aún la recordaba.

Todo eso se destruyó cuando ella lo terminó y se fue del país, su abuelo murió y su abuela lo abandonó. Desde entonces él ha sido como es ahora. Mezquino, abusivo, arrogante y desconsiderado.

-¿Por qué tardará tanto con la comida?- hartó de esperar así que optó por

levantarse de la cama y bajar las escaleras.

Dispuesto a descargar toda su furia contra Ángel, bajo rápido los escalones, la única habitación con luz era la de la cocina, al entrar se llevó una gran sorpresa.

Capítulo 7

La chica estaba profundamente dormida y cubierta de harina. La mitad de su cuerpo descansaba sobre un taburete y su rostro y brazos sobre la mesa; alrededor de ella los ingredientes como polvo para hornear, huevos, un tazón con mezcla, leche y un sin fin de cosas más. Por último, dos pasteles, bien decorados.

La sonrisa que se le dibujó a Ignacio en el rostro no la pudo evitar.

-Eres tan extraña- se acercó y le retiró un mechón de cabello del rostro, esperando no despertarla- en lugar de ignorarme, bajas en la madrugada a preparar lo que te pedí. Estás llena de sorpresas.

Como si de un bebé se tratase, la acunó en sus brazos con cuidado, la misma chica acomodó el rostro en el hueco entre el cuello y el hombro. La escuchó suspirar. No comprendió esa sensación que le causó el sentirla tan cerca como si pareciera que su cuerpo fue hecho para encajar con el de él.

Apartó de su cabeza la idea tan rápido como vino.

Al verificar que no se había despertado caminó a paso lento hacía el patio.

-Lo que debería hacer es dejarte caer o gritarte para que te despertaras- se le dificultaba caminar entre el pasto- no sé por qué no lo hago. Tal vez sea que me recuerdas a alguien que yo quiero mucho. Ella también hacía cosas muy buenas por mí cuando no me lo merecía, tú tienes su mismo carácter.

La balanceó en un brazo para poder abrir la puerta, trató lo más que pudo de no hacer ruido y con el mismo cuidado la dejó en su cama.

-Descansa. Ángel – sin estar muy seguro de lo que hacía, rozó sus labios con la frente de la chica dormida.

Se quedó mirándola atentamente, trató de tocarla de nuevo, pero su miedo a lastimarla se lo impidió.

Salió del cuarto lo más rápido que pudo, después volvió a la cocina, tomó los dos pasteles y se fue a su habitación.

El sonido de una alarma.

El reloj marcaba las cinco y media de la mañana. Dejó escapar un suspiro de frustración. Volvió a recostarse y cerró con fuerza los ojos, para ver si el sueño regresaba.

Ángel había soñado que Emiliano la tomaba en brazos y la llevaba hasta su habitación. De la nada, aparecían en un lugar donde ella no debía limpiar o servirle de comer a un niño rico y malcriado, su amor no correspondido la adoraba y la llenaba de besos.

Un lugar feliz, lejos de todos.

Fue inútil.

Sin más, se levantó de la cama y comenzó su rutina de todos los días, solo que esta vez tardó más en ponerse el uniforme de lo habitual. Al salir de la habitación, encontró a su compañera de cuarto en el pasillo con un gran cesto de ropa.

-¿Te ayudo?- se ofreció

-Gracias

Lo cargaron entre las dos.

El día parecía más que ocupado, a penas y le dio tiempo para pensar; lo que a ella le encantaba, ya que había algo que en serio quería olvidar, más bien a alguien.

-Emiliano- el pecho le dolió justo en el lado del corazón.

-¿Dijiste algo?- le pregunto Blanca mientras dejaba una gran pila de platos limpios.

-No, nada- contestó nerviosa.

Trato de concentrarse de nuevo en su trabajo.

-Este chocolate no se quita- talló el plato con más fuerza-¡Uff!

Se quedó mirando el plato por varios minutos, hasta recordar.

Durante la madrugada Ignacio la obligó a prepararle dos pasteles de chocolate, sin embargo, ella no recordaba haber vuelto al cuarto entonces... ¿Cómo había regresado ahí?

La puerta del cuarto de lavado se abrió. Ángel vio salir de ahí a una sonriente pelirroja.

-Disculpa Nora. ¿Sabes si el joven ya se levantó?

-Sí, pero en cuanto lo hizo salió y no ha vuelto-deposito el cesto en el suelo.

-Oh, gracias- no pudo evitar la desilusión en su rostro. Su amiga se acomodó el cabello detrás de la oreja y la observó detenidamente.

-No he podido evitar notar que tú y el joven se han vuelto...cercanos- tenía una leve sonrisa en el rostro; la cual se ensanchó al ver su reacción.

La miró con pánico y sus mejillas se ruborizaron.

-¡Claro que no!

-¡Sshh!- la mando callar con reproche- ¿Quieres que todo el personal se entere?

Nora miró a todas partes, seguro de que nadie las veía la tomo por la muñeca y la metió en el cuarto de lavado, cerrando con llave.

-No soy tonta. Los vi el día en que tu amigo lo golpeo, también sé que tú le curaste la mano ese día en el despacho sino, no te hubieras preocupado por él. Además, se perfectamente que las dos noches anteriores te has levantado en la madrugada y no precisamente porque tú tengas hambre- más que contenta con lo que había dicho, se cruzó de brazos y sonrió con victoria.

-Eso...- buscó una salida- eso es porque soy su sirvienta y debo encargarme de lo que él necesita.

Asintió varias veces, mientras que con su dedo índice daba ligeros golpes en sus labios. Camino por el estrecho cuarto.

-Buen punto. Pero entonces explícame. ¿Por qué la noche anterior te trajo en brazos al cuarto?-chasqueo los dedos- ¡Ah! Y además te dio un beso en la frente.

Con un dedo le dio un ligero golpe, justo en el lugar. La chica se quedó

con la mandíbula suelta y los ojos como platos.

Aquello no lo sabía.

-Bueno...- el nudo en su garganta no desaparecía por más que pasaba saliva- eso es porque...estaba... ¿Agradecido?

Lanzo una carcajada.

-Llevo más tiempo trabajando aquí que tú, y nunca se había comportado así.

No supo que contestarle.

¿Y si las sospechas de ella eran ciertas? Y el joven Ignacio estaba siendo amable con Ángel porque de alguna manera... le interesaba.

-¡Quiroz! ¿Alguien la ha visto?- la voz de Susana se escuchó del otro lado de la puerta.

<<Salvada por la campana>> pensó al instante que abría la puerta y salía a tropezones.

-Aquí estoy.

-Tengo un trabajo para ti. Sígueme.

Ignacio disfrutaba de la vista que tenía el restaurante francés al que Brandon y Diego lo habían invitado a almorzar.

Se giró hacia la mesa que estaba al este de la suya; en ella dos chicas le sonrieron coquetamente, él correspondió sus sonrisas.

-Así que ¿habrá fiesta en tu casa esta noche?- Brad atrajo su atención.

-Sí, y por supuesto están invitados- tomó un largo trago de zumo de naranja.

Diego termino de tragar un trozo de omelett.

-¿Cómo sigue tu mejilla del golpe que te dio tu sirvienta?.

Su amigo trató de disimular su sonrisa.

-Suma le a eso la golpiza que le dio su novio.

Ambos chicos rieron.

Por su parte el moreno estaba serio.

-No le veo lo gracioso.

-Nosotros sí, es la primera chica que te da un golpe cuando en serio te lo mereces. Tu hermana no cuenta.

Ignacio apretó la mandíbula. No dejaría que su orgullo fuera pisoteado por una mujer; ni por buena que esta fuera con él.

-¿Cuánto apuestan a que esta noche durante la fiesta, le robo un beso?

Capítulo 8

Los dos chicos se miraron entre sí.

-No creo que puedas.

-Sí, ella no parece tan tonta.

Sonrió.

-¿Y qué tal si, sí lo es?- los miro con astucia.

No creía que fuera tan difícil; Ignacio era guapo y encantador-cuando él quería-, no conocía chica que no disfrutara de su compañía y su sirvientita no sería la excepción.

-¿Qué te parece...mil dólares?

-Muy poco- se apresuró a decir.

Brandon levantó un dedo.

-Cada uno.

Los oscuros ojos del moreno centellaron

-Es un trato- levanto su vaso. Los tres chicos brindaron.

-Será muy satisfactorio ver sus caras cuando lo logre- <<y la de ella>> agregó para sí.

-Ese adorno déjelo en la mesa del fondo- era el décimo adorno floral que acomodaban. Según tenía entendido, era el cumpleaños de la señorita Sandra.

Todos lo sabían menos Ángel, quien seguía ayudando a Susana a tener todo listo para la fiesta. Después de acomodar luces, globos, arreglos y darles instrucciones a los cocineros; además de acomodar los bocadillos. El recibidor de la casa había quedado adornado por flores y fotos de la señorita, la parte trasera de la mansión estaba aún más hermosa que el recibidor; luces de colores pastel colgaban de un pequeño cable colocado sobre la piscina y la terraza, se había acomodado una mesa de mármol llena de los más finos y succulentos refrigerios. Todo lucía

perfecto.

-Hoy la señorita ha decidido contratar un servicio de banquetes, lo que significa que tienen la tarde y la noche libre- Susana les sonrió fugazmente, para después seguir su camino.

La chica sonrió.

-Por fin un merecido descanso.

Llegó la noche.

A pesar de estar varios-muchos- metros lejos de la casa, el sonido de la música muy alto le molestaba. No podía leer, dormir, escribir, ni siquiera pensar. El reloj ya marcaba la una de la madrugada y ella seguía despierta.

Su respiración se había vuelto lenta, cuando una voz por el intercomunicador interrumpió su prematuro sueño.

-¿Sigues despierta?- de fondo se escuchaba la música, pero pudo oír perfectamente el tono grave de la voz de su jefe.

Los ojos se le abrieron de par en par y una opresión en el pecho, seguida de los fuertes latidos de su corazón la sobrecogieron. ¿Desde cuándo la voz de su jefe la ponía nerviosa?

-Sí, ¿qué necesita?

-La herida en mi mano volvió abrirse necesito que...-dudo un segundo- por favor vengas ayudarme.

Ángel se metió un dedo en los oídos para limpiarlos. << ¿Es verdad lo que acabó de escuchar?>>.

-Señor, ¿sigo dormida o usted dijo "por favor"?

Hubo silencio del otro lado.

-Si no quieres ayudarme llamare a otra...

-¡No!- se sorprendió respondiendo- iré de inmediato.

Tomo una blusa y un short que encontró en su armario, se caló unas zapatillas y salió al patio.

Por desgracia la única parte abierta, eran las puertas traseras de la mansión. Si quería pasar tendría que pasar por la celebración (o conjunto

de borrachos como ella decía), de la señorita. Avanzó a paso firme. La situación comenzaba a asustarla, no entendía su repentino nerviosismo hacía la idea de ver a quien era su patrón-muy a su pesar-.

<<La otra noche te trajo en brazos.... Y deposito un beso en tu frente>>. Recordar las palabras de Nora provocó que se estremeciera.

El joven Ignacio no podía verla de otra manera que no fuera como su sirvienta. <<Solo estaba siendo agradecido >> se repitió. <<Por eso me llevo en brazos a mi cama>>.

Sacudió la cabeza.

Debía admitirlo, su amiga tenía razón, algo lo había hecho cambiar. Al principio sí, la trataba mal y con desprecio; ahora era diferente. Incluso le pedía las cosas por favor.

¿Cuándo lo había hecho en el poco tiempo que ella llevaba ahí?

¡Nunca!

Esa era la primera vez.

Conforme se acercaba a la casa sus pensamientos fueron perdiendo volumen. La música estaba a punto de romperle los tímpanos.

Gente por montones, caminaba y bailaba alrededor de la piscina, la terraza era ahora una pista de baile; llena de cuerpos apretujados y sudorosos.

El olor a wiski y vodka golpeó sus fosas nasales. Una chica vomitaba en el césped a unos metros de ella.

La escena no hizo más que asquearla.

Reteniendo un poco el aire y armándose de valor aún más, camino entre la gente hacía la puerta de la cocina. Logro esquivar algunas manos y empujones; el horrible olor que ahí se concentraba la hizo dejar de respirar por completo.

Dio un salto cuando unas manos le tomaron la cintura.

-Hola sirvienta- era Brad y estaba borracho.

La joven se sacudió su agarre.

-Déjeme en paz.

Trato de huir de ahí pero el chico aprisiona su muñeca.

-Sabes tengo ganas de nadar, vamos a la piscina.

La arrastro hacia la orilla. Ella forcejea.

-¡Suélteme por favor!

El chico ignora sus protestas, se la monta al hombro y se lanzó al agua.

Ángel maldijo en ese momento no haber asistido a clases de natación en el colegio. Su nariz y boca se llenaron de agua con cloro, pataleo y manoteo varias veces. << ¿Dónde está ese sujeto?>>. A tientas buscó su cuerpo, pero no lo encontró. Se dio cuenta que sus manos y piernas lejos de ayudarla solo la hundían más. La sensación de mareo la embargó; las siluetas distorsionadas de la gente, se volvían muy borrosas. El cuerpo comenzó a pesarle y el pecho a dolerle cada que intentaba respirar. Así que dejó de hacerlo; el sueño que tanto esperaba le llegó.

Lo último que pudo escuchar fue a alguien diciendo su nombre.

-¿Por qué tardara tanto?- Ignacio buscó entre la multitud. Pero ella no aparecía.

Observó que su amigo caminaba hacia él, más bien se tambaleaba; apenas podía mantenerse en pie. A punto estuvo de caerse de bruces, si no es que él lo sujeta de los hombros.

-¡Aquí estas!- sonrió más de lo normal- la dejes lista para ti.

Palmea su hombro derecho, apoyándose en él para no caerse.

-¿De qué hablas?

A punto el fondo de la piscina

-¡Ve por ella tigre!

Unas ligeras burbujas y unos chapoteos salían del agua.

El pánico se apodero de Ignacio.

-¿Qué demonios hiciste Brad?!- zarandeo al chico, pero este en breves segundos quedó inconsciente cayendo al suelo.

Corrió a la piscina.

-¡Ángel!- no obtuvo respuesta.

La desesperación aumentó al notar las aguas muy tranquilas.

Sin pensarlo dos veces se sacó la camisa para poder entrar al agua, ella se encontraba hasta el fondo; al salir la chica estaba totalmente inconsciente. No parecía estar respirando.

Con ella en brazos corrió hacia la primera habitación que encontró. La de sus padres.

La tendió en el suelo. Efectivamente, no respiraba.

-¡Sirvienta!- le dio un golpe en una mejilla-¡vamos sirvienta, despierta!- la sacudió bruscamente- ¡Con un demonio que despiertes!

Recordó que en las películas cuando alguien se ahogaba, tapaban su nariz y le daban respiración de boca a boca, después presionaban su pecho con ambas manos.

Lo intentó una, dos veces. Nada.

-¡Por favor Ángel despierta!- lo intentó de nuevo.

La impotencia y la desesperación, lo estaban matando, el cuerpo le temblaba y la garganta la tenía seca. Lo intentó una última vez.

Sostuvo su rostro entre las manos.

El cuerpo de la chica dio una ligera compulsión.

Después vomitó un chorro de agua directo en la cara de él.

Ignacio sonrió con alivio al verla moverse y toser.

Soltó el aire que retenía.

La chica parpadeo varias veces; parecía no saber dónde estaba.

-¡Me diste un susto de muerte!- le recrimino con una sonrisa.

Lo miro con atención.

-Soy yo...Ignacio.

Una soñolienta sonrisa se dibujó en sus labios, le acaricio una mejilla. Después se quedó inconsciente.

Él también se dejó caer al suelo, con alivio. Trato de respirar regularmente.

Capítulo 9

La tranquilidad le duro poco.

<< ¿Es qué Brad es un completo imbécil?>> pensó con rabia.

Le costaba mucho creer como se le había ocurrido lanzar a Ángel a la piscina. Si no fuera porque estaba demasiado borracho hubiera ido en ese momento a golpearlo.

Lo que consolaba al chico era que mañana el idiota se levantaría con una gran cruda.

Cansado de estar en el suelo, se levantó y tomo una toalla del armario. Si no se secaba moriría de frío.

Miró de reojo a su sirvienta.

La chica estaba hecha un ovillo y temblando.

<<Está empapada, debo conseguirle ropa>>.

Corrió escaleras arriba hacía el cuarto de su hermana. Abrió un cajón y saco una blusa y una falda. No le importo mucho si combinaban o no; volvió al cuarto y se arrodillo frente a ella.

No comprendió porqué de repente se sintió nervioso. Antes se había encargado de vestir y desvestir a muchas chicas. Claro, pero con esas chicas hacía.... ciertas cosas que no planeaba mencionar. Y la chica, bueno ella no tenía punto de comparación con esas mujeres.

<<Sí no le quitas esa ropa, morirá de frío>>, habló la voz de su conciencia.

A pesar de que esta misma voz le decía que no haría nada pervertido, su parte moral seguía alerta; todo pensamiento malo desapareció al ver los morados labios de la chica a causa del frío.

Su moral podía irse al demonio.

-Voy a quitarte la ropa para ponerte seca- tomo el borde de su blusa- no pretendo otra cosa.

Con mucho cuidado le saco la prenda mojada por la cabeza.

Podía ser que Ignacio no tuviera otra intención que ayudar, pero seguía siendo hombre. Por más que lo intento, no evitó que su cuerpo

reaccionara ante lo que tenía enfrente. Sus pupilas se dilataron, el estómago se le contrajo y de un segundo a otro sintió mucha sed- y no precisamente de agua-, se sorprendió al ver lo que ella ocultaba bajo el uniforme de sirvienta.

Su oscura mirada recorrió a la chica de la cintura para arriba. Delineo mentalmente la curva que se admiraba entre su cadera y costillas; una cintura, y que cintura. La piel del estómago y abdomen había perdido su color habitual pero el blanco cremoso como el marfil que adornaba a la chica le sentaba de maravilla. Contemplo los dos montículos escondidos tras un pedazo de tela con encaje amarillo de manera que formaba un ligero escote; su mirada subía y bajaba al mismo tiempo que sus pechos, al compás de su respiración. Como si de una melodía se tratase.

Sintió las mejillas sinceramente calientes y no se trataba de lo único. Parecía que todo su cuerpo sufría de una calentura.

Agito la cabeza varias veces.

<<Concéntrate>>, le volvió hablar su conciencia.

Con rapidez le coloco la blusa seca.

Trago saliva al concentrarse ahora en la parte de abajo. Con dedos temblorosos desabrocho la prenda, pasándola por las que le parecieron unas largas piernas; no se pudo evitar el contacto entre sus dedos y la piel de sus muslos. Mandando le una señal a cierto órgano que se encontraba en la parte baja de su abdomen.

<<Su piel es más suave de lo que imagine>>.

Cerró los ojos y contó hasta diez para tranquilizarse.

Con menos delicadeza le subió la falda.

Completamente vestida la tomo en brazos y la acostó en la cama cubriéndola con el cobertor. El rostro no mostraba una sonrisa, pero al menos se encontraba tranquila y un poco seca.

Al contrario, él se sentía tenso el pulso le martilleaba en los oídos, la calentura que iba desde sus mejillas hasta su vientre seguía ahí; no solo era la sensación de temperatura, incluso se podía ver el sonrojo en su rostro.

-Necesito una ducha fría- camino hacía el cuarto de baño.

Se desnudó por completo y solo abrió el grifo de la derecha, el del agua

fría.

El chorro de agua caía con fuerza sobre los azulejos verde olivo del suelo de la regadera. Los músculos de la espalda se le desentumecieron gracias a la gélida agua, un grave suspiro salió de sus labios al sentir el cambio de temperatura.

No se sentía exactamente avergonzado, su reacción era completamente normal, cualquier hombre tendría esa reacción si ve a una mujer hermosa en ropa interior.

Eso no cambiaba que le costaba mucho creer que una parte de él considerará hermosa a su sirvienta.

Como si supiera su cerebro que pensaba en ella; le recordó la escena de Ángel descansando sobre la alfombra con su cabello mojado y ligeramente esparcido por el suelo, la blancura y suavidad de sus curvas a penas cubiertas por su conjunto de ropa interior amarillo-un color que no le había gustado tanto hasta ese momento-. Su cuerpo en general merecía un aplauso, en especial los montículos ligeramente levantados que eran sus senos.

El agua comenzaba a perder el efecto en su piel, la cual volvía a su temperatura anterior con mucha facilidad....

-¡Basta!- golpeo la pared de la regadera.

Tenía que dejar de pensar de esa manera. Necesitaba calmarse o las cosas saldrían muy mal.

Al menos para él.

Se vistió solo con un albornoz y salió del baño.

Debía salir rápido de ahí, si alguien lo veía o peor aún descubrían que estaba en el cuarto con su sirvienta, pensarían lo peor. Ignacio tenía una reputación que cuidar.

Sin poderlo evitar, su mirada voló hacia la chica que dormía en la cama. Aun bajo las sabanas su cuerpo temblaba, los dientes le castañeaban y el color púrpura en sus labios no se había ido.

<<Sigue teniendo frío>>, lentamente se acercó para tocar su brazo, su piel estaba helada.

Pensó en encender la calefacción, pero para eso tendría que ir a los cuartos de servicios y eso sería muy difícil. Sin embargo, la parte de él que hacía unos segundos sabía que se encontraba en su cabeza le dio una

idea más divertida.

<<El calor corporal haría que su cuerpo se calentara más rápido>>, se detuvo en seco y volvió a mirarla.

<<Anda, sabes que es una buena idea>>, hablo de nuevo. Que sí hubiera tenido un rostro, estaba seguro que sonreiría de una forma no muy "moralmente" buena.

<< No debería hacerte caso>>, lo pensó mientras rodeaba la cama y se metía bajo las sabanas.

Tomo el adormilado cuerpo de la chica; pegó su pecho a la espalda de ella, sin descaro descanso el rostro entre el cuello y el hombro. Con una sonrisa de oreja a oreja, cerró los ojos y le hecho un brazo sobre la cintura.

<<Con eso bastara>>.

Capítulo 10

Ignacio. Fiesta. Brandom. Piscina.

Ángel abrió los ojos al mismo tiempo que tomaba un bocado grande de aire. Respiraba, eso significaba que seguía viva y fuera del agua.

Sonrió aliviada.

<<Por un momento creí que estaba muerta>>, se removió bajo las sabanas.

Frunció el entrecejo al ver el techo celeste, ese color no era el mismo que el de su dormitorio. Se levantó ligeramente para examinar la habitación, las dimensiones eran grandes, contenía muebles que demostraban ser caros y lujosos; las cortinas que colgaban del gran ventanal- eso le demostró que no se trataba de su cuarto, ya que ni Nora, ni ella lo tenían- ondeaban al ritmo del viento. Su fuerte color purpura que destacaba, siendo adornada por una seda fina de tonalidades más claras.

<<No, definitivamente este no es mi dormitorio>>- retiró la sabana e intentó levantarse.

Alguien emitió un quejido de protesta a su espalda y dos brazos se ciñeron más a su estómago, atrayendo la hacía algo suave y cálido.

En ese mismo instante se tensó. Estaba en una habitación desconocida, en la cama.... ¿con alguien?

No pudo evitar que su mente vagará y terminará pensando en la última persona con la que estuvo. La imagen de Brad ebrio hizo que el cuerpo se le estremeciera.

Como si de una película de terror se tratará, giro el rostro lentamente con el temor y la angustia reflejada en sus facciones. Su expresión cambió al asombro al ver a Ignacio dormido a su lado.

Pegó un fuerte grito y de un empujón casi lo tira de la cama.

-¿Qué?! ¿Qué pasa?!- se levantó alarmado.

-¿Qué hace usted aquí?!- ella se cubrió con la sabana hasta el cuello.

Le dedicó una mirada adormilada y molesta.

- ¿Solo para eso me despertaste? - tapo su boca al momento de bostezar.

Aun procesaba la situación.

Lo último que recordaba era haber estado ahogándose en la piscina.
Entonces ¿por qué estaba en una cama, durmiendo con Ignacio Herrera?
A quien solo lo cubría una bata....

Lo miró con más atención.

<< ¡Solo trae puesto una bata!>>.

Se cubrió los ojos con ambas manos.

-¡Es usted un depravado!- chilló.

El moreno la miro molesto.

-¿Esa es tu manera de agradecerme que te haya salvado la vida?- se cruzó de brazos- Eso me ganó por ayudar a malagradecidas como tú.

Se quedó atónita.

-¿Usted... me sacó del agua?

Se hizo el indignado.

-Sí, este depravado te saco del agua- le sonrió sin ganas.

Ángel levanto de manera altanera el mentón.

-Entonces... ¿por qué solo trae puesto eso?- a punto el alboroz.

Suspiro sin ganas.

-Porque cuando fui por ropa para ti no pude ir a mi habitación.

Al escuchar eso el estómago se le pegó al espinazo.

-Usted...- apartó la sabana y se miró a sí misma. La ropa que en ese momento traía puesta no se parecía en nada a la ropa que se caló antes de salir. Eso significaba que él.... la había vestido

-Usted...- le costaba formular una frase. La imagen de él desnudándola le daba escalofríos y la dejaba sin habla.

-No pienses cosas que no son -trato de justificarse- Si te dejaba la ropa puesta, hubieras muerto de frío- se ajustó el albornoz al ver que se había

abierto- Además, no había mucho que ver bajo tu ropa.

Ese comentario había sido innecesario, pero el chico estaba tan nervioso que decía todo lo que se le venía a la cabeza. El rostro de su sirvienta se puso rojo a causa de la vergüenza.

Apartó la vista realmente molesta. El comentario no debía enojarla, sin embargo, lo hacía.

-Me voy, no tengo por qué aguantar esto- se levantó de un salto.

El movimiento fue tan brusco, que su aun cansado cuerpo perdió el equilibrio.

Su salvador la sujeto de la cintura y volvió acostarla en la cama; esta vez se colocó sobre ella.

-Eres torpe incluso para caminar- le dedicó una sonrisa de lado.

-Y usted un fisgón- gruño.

Rio levemente.

-Créeme he visto mejores cuerpos.

La bilis se le subió a la garganta.

-Deje de decir eso.

-Tú de insinuar que soy un perverso- sin darse cuenta acercó el rostro al suyo.

-Entonces deje de comportarse como tal- desvió la vista de sus resplandecientes ojos negros. Él no sabía a ciencia cierta qué le ocurría o por qué su cuerpo volvía a calentarse, igual a cuando la vistió momentos antes.

Le gustaba estar así de cerca con ella, el color de su piel, sus grandes ojos tupidos por pestañas negras y largas y sus labios...

El pulso se le desbocó con solo verlos; su pálido color rosa y lo frágiles que parecían.

<<¿Serán tan suaves como parecen?>>, se preguntó aun con la mirada puesta en ellos.

Algo andaba mal y él lo sabía. Sin embargo, no encontró una voz que le dijera que ver hermosa a Ángel era del todo horrible e inaceptable. Si no

todo lo contrario, solo existía una que le decía que comprobará la pregunta que antes se había hecho.

-¿Qué.... q-qué está haciendo? - la voz de ella temblaba junto con todo su cuerpo.

Se encontró a si mismo acariciando con el pulgar el labio inferior femenino.

-Si hace otro movimiento, voy a gritar. - lo amenazó.

La amenaza solo logro hacerlo sonreír.

-Si tú haces eso... no te gustará lo que haré- susurro en su oído.

Tembló bajo su peso, eso no hizo más que... excitarlo.

-Se lo advertí- ella solo pretendía asustarlo, contaba con pronunciar un leve grito para que él se asustará y la dejará ir.

Abrió la boca para pretender que gritaría. Ignacio no desaprovecho la oportunidad y rápido cubrió su boca con la suya.

Algo dentro de su pecho colapsó, fue como si la poca razón que le quedaba se esfumará.

Sujetó con ambas manos el rostro de la chica, la miro por unos leves segundos, divirtiéndose con la expresión de sorpresa que sus ojos tenían. Al instante, él empezó a besarle moviendo los labios contra la petrificada boca; aprovechando sus labios entre abierto introdujo la lengua, explorando la pequeña cavidad, memorizando el dulce sabor de esos vírgenes labios. Porque eso es lo que le demostraba. Se dio cuenta que nunca la habían besado antes, ser el primero removió el sentimiento que ya había estado creciendo en su pecho.

Mordió levemente el labio inferior, ella gimió en modo de sorpresa, no sabía qué hacer, nadie la había besado así.

Frustrado por la poca cooperación de la chica, presionó el cuerpo contra el suyo, mientras devoraba con más fervor la boca femenina. Ángel por fin le respondió, rodeo temerosamente su nuca con sus pequeñas manos, ladeo el rostro para que la boca de él tuviera aún más acceso de lo que ya tenía y movió ligeramente los labios en respuesta de los urgidos besos del chico.

No comprendía las sensaciones que embargaban su cuerpo; necesidad, calor, ternura y.... la última no supo identificarla, solo sabía que se sentía cálida, y ensanchaba su pecho, casi como si fuera a romper su caja

torácica. Ignacio también estaba sorprendido, tanto como su acompañante.

Poco a poco por la falta de aire, se fue separando de ella.

Se dedicaron a mirarse el uno al otro, solo eso.

Ángel tratando de adivinar por qué él había hecho aquello e Ignacio intentando encontrar la razón de su repentino beso.

De algo estaba completamente seguro, no volvería a mirar a su sirvienta de la misma manera, no volvería a odiarla con la misma intensidad; ya que su odio se había transformado, no sabía en qué, pero no era el mismo. No después de besarla.

Alargo una mano hacía ella, dejándola descansar sobre su cintura; el rostro de su sirvienta estaba completamente rojo y no lo miraba directo a los ojos, sus senos subían y bajaban a un ritmo más rápido. Sin pedir permiso metió la mano que la tocaba bajo la camisa que el mismo le había puesto, esta vez acariciando la piel desnuda. El moreno tuvo que reprimir las ganas de tocarla más íntimamente al sentir su suavidad, algo le dijo que podía volverse adicto a ella. Trató de alejarse.

El ver que ella planeaba huir de nuevo lo hizo actuar rápido, la sujeto con más determinación volviéndola a acostar sobre la cama.

-¿Te habían besado antes?- observó cómo distintos colores de rojo pasaban por su rostro antes de que le respondiera en un susurro apenas audible un "no". Le pareció en extremo adorable.

Rozó los labios con su mentón, mientras que la mano bajo su ropa le acariciaba la espalda, ocasionado que la chica se arqueara y se estremeciera.

-Voy a volver a besarte, pero esta vez quiero que tú también lo hagas- le susurro mientras la miraba con intensidad.

El segundo beso fue más lento y meticuloso, sabía que la había asustado la primera vez así que debía ser más delicado. La besó con profundidad y paciencia.

Lento, pero seguro la boca de Ángel respondió a la suya con miedo y algo de torpeza. Y a pesar de que él había besado a mujeres con más experiencia, al sentir la temerosa lengua de Ángel acariciar su paladar se derretió ahí mismo, hizo que el beso aumentará de intensidad y se sorprendió al encontrar la misma respuesta urgente de parte de ella.

Tomo con más fuerza la pequeña cintura, aproximándola a su masculino cuerpo. Detuvo el beso y la miro con una seguridad y violencia que la asustó.

-Eres mía, solamente mía, Ángel.

El sonido de la puerta al abrirse rompió la atmósfera. En el instante la burbuja en que ambos se encontraban se reventó.

Capítulo 11

Diego entró con un ya sobrio Brandom, más dos chicas en completo estado etílico a la habitación.

La realidad golpeó a Ignacio justo en el rostro con solo ver las caras sorprendidas de los intrusos.

Se encontraba en la cama de sus padres. Semidesnudo, besando a su sirvienta; otro golpe para su paralizado razonamiento. Se apartó todo lo que la cama se lo permitió de ella, mirando con auténtico pánico a sus amigos. Igual a que si hubiera sido descubierto haciendo algo muy malo.

Los dos chicos rompieron en aullidos risas y palabrotas, Brad metió la mano a su bolsillo y saco el dinero prometido que deposito sobre la cama frente al pelinegro.

-Eres todo un semental- palmeo su espalda.

Su otro amigo imitó a su compañero, pero este se dirijo a ella.

-Creí que serias más difícil- le guiño un ojo- si alguna vez buscas algo más que un beso, llámame.

El moreno miró de reojo a la chica a su lado, la sorpresa que había expresado antes, se evaporó. Su rostro ahora se mantenía neutral, sin expresión. Tenía la vista fija en el dinero sobre la cama.

Cuadro la espalda y sonrió cual campeón.

-Esta es la única forma en la que yo te besaría- levanto su apuesta- No pensé que sería tan fácil. El termino correcto sería: no esperaba que fueras así de fácil.

En un abrir y cerrar de ojos ella levantó el puño dispuesta a plantarse lo en la cara. Lo detuvo a centímetros de su objetivo.

-Tranquila sirvienta- tiro de su brazo para tenerla más cerca- ¿Por qué te enojas? Hace unos momentos tú yo nos divertíamos bastante.

Pese a la reacción inicial de agresión ella continuaba sin mostrar sus verdaderos colores. No se veía indignada, enojada o triste. Esos ojos que hace unos minutos le miraban asustados, ahora solo eran dos esferas vacías.

<< ¿Es que no sintió nada cuando la besé?>>. Ignacio se sintió frustrado.

Aprovechándose que el chico se distrajo, le dio un empujón para poder librarse de su contacto.

-No necesito más de tus "servicios". Puedes irte- el moreno agito una mano frente a su rostro indicándole que se largara.

Ángel tomo la ropa empapada y se la arrojó con toda su fuerza, está impacto contra el pecho y la cara de su jefe.

-La próxima vez, déjeme morir ahogada sí esta va a ser su manera de recompensarse por salvarme.

Las burlas del público no se hicieron esperar. Él la vio salir corriendo del cuarto; no había querido decirle esas cosas, sin embargo, tampoco quería que ella pensara que podía ser una buena persona. Él sabía desde hace mucho que era una mierda.

Trato en vano de contener la rabia y el asco, pero sobre todo la decepción.

Cada vez que en ella nacía una pequeña esperanza de que Ignacio Herrera podía no tener el alma tan negra, él mismo se encargaba de matar las esperanzas.

Todo ese tiempo desperdiciado tratando de entender su comportamiento, ponerse en sus zapatos y ser tolerante.

¿Para qué?

Solo para recibir insultos, maltratos, regaños y ahora burlas. Se sentía muy cansada de todo ese circo.

Lo que le enfurecía y la ponía aun peor, era el hecho de haber bajado la guardia frente a su persona y como de costumbre aprovechó para humillarla. Lo maldijo en silencio.

-Nunca más volveré a creer en ese hijo de puta.

Con todas esas emociones a flor de piel se negó a volver a su dormitorio, igual no podría dormir por la adrenalina. No quería estar ahí.

<<Si por mi fuera no vuelvo a esta casa>>.

Caminó a paso lento hacía el portón, no sabía a donde ir, ni que hacer. Tampoco le importaba mucho.

Y así, como un relámpago ilumina el cielo en una tormenta; una persona le paso por el pensamiento.

Emiliano.

Se apresuró y caminó en dirección a la avenida principal. La casa de su familia no estaba muy lejos de la mansión de los Herrera.

Trató de caminar lo más rápido que pudo, intentando no pensar en otra cosa que no fuera él, no quería pensar en lo sucedido, sabía que rompería en llanto. Fue tarde cuando se dio cuenta que ya lloraba.

No entendía la razón. Quizá solo lo hacía por la impotencia en su corazón o la rabia.

Con el único propósito de secar esas tontas lágrimas, no pensó en una mejor idea que ponerse a correr; el frío viento le acarició el rostro, la sensación en su piel era igual a una lija. Pero al menos secaba la tristeza que mojaba su cara.

La imagen de Ignacio y ella besándose la sobrecogió e hizo que una ligera punzada le atravesara el pecho. Aun le costaba aceptar, como se rindió ante su boca; ella no sentía nada por él.... y si lo hacía se encargaría de destruir ese maligno sentimiento. No podía enamorarse de una persona tan mala.

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos, corrió más rápido.

Tardo varios minutos en darse cuenta que lo más seguro es que se viera tonta corriendo en medio de la noche; se detuvo para tomar un gran bocado de aire y recuperar las energías.

Mucho más tranquila, caminó buscando la manera de saber dónde se encontraba.

Tardó un tiempo en dar con la casa. Por la oscuridad y su repentino despiste se desorientó.

Sin más tocó con algo de desesperación, rezaba porque no estuviera sola la casa; transcurrieron varios minutos para que una luz se encendiera en él interior, la puerta se abrió tiempo después.

La opresión en el pecho desapareció, junto con el cansancio y el dolor; como si nada hubiera pasado, sintió que el tiempo sin verlo habían sido en realidad horas y no días. El rostro adormilado del chico al que consideraba su mejor amigo se sorprendió al verla.

-¿Ángel?- la miro con los ojos entrecerrados.

Sin pensarlo dos veces se lanzó a sus brazos rompiendo en llanto. Emiliano despertó por completo al encontrarla en ese estado.

-¿Qué sucedió?- la sujetó por los hombros tratando de apartarla. Necesitaba verla a la cara - ¿Por qué lloras de esa manera?

Sabía que en él podía confiar, por más daño que le hiciera estar a su lado, Emi nunca la dejaría sola. Siempre lo amaría, era de lo que estaba segura. Tenerlo había hecho que olvidara todo el dolor. La razón por la que lloraba era de felicidad, de tenerlo aún.

Por fin se alejó unos centímetros y le vio directo a los ojos. Esa mirada preocupada y esa genuina ansiedad en su semblante.

No supo si fue la excitación del momento o la necesidad de sentir que a una persona le preocupaba de verdad su estado. Posiblemente fue ambas o quizá solo necesitaba hacerlo.

Sin importarle el por qué, y aprovechando la cercanía; lo besó directo en los labios. Con una intensidad y necesidad, que ni ella misma sabía podía transmitir. Lo más sorprendente fue el sentir como el chico le correspondía. No se trataba de la forma brusca en la que ella lo besaba, por el contrario, el beso de su "mejor amigo" se sentía más lento y profundo.

Esa parte razonable que le quedaba, le hizo saber que él trataba de reconfortarla por medio de ese beso. Con mucha más lentitud se apartó de él.

Ambos se miraron a los ojos, tratando de regular sus respiraciones. Ángel trató de calmar su corazón y contener las lágrimas que quisieron salir.

No podía creer que lo había besado.

Él solo le acarició el cabello y la abrazó con fuerza. No hizo más que dejarse arrastrar por sus sentimientos, correspondiendo el abrazo, enterrando el rostro en su hombro.

-Tranquila, yo estoy aquí.

Sonrió.

Solo existía una persona con la que no le importaba bajar la guardia, incluso si la trataba como el imbécil de Ignacio, no importaba igual lo perdonaría. Porque sabía que su corazón lo adoraría sin importar nada, él le mostró que había mucho más detrás de la oscuridad donde ella solía vivir, Emiliano la salvo. Por eso sabía que su corazón no podía pertenecer a nadie más.

Capítulo 12

Pasaron varios minutos y una taza de té para que Ángel se tranquilizara por completo.

-Me alegra mucho saber que tienes un trabajo, pero más que nada un lugar donde dormir- Karina, la madre de Emiliano, colocó una mano sobre la de ella.

Para la joven, Karina le dio todo ese cariño y comprensión que su verdadera madre jamás supo saberle demostrar. Siempre atenta, amable y bondadosa, la mujer la quería como si fuera su propia hija.

Incluso la acogió cuando huyó de su casa con tan solo 15 años de edad.

-Pero, ¿por qué has venido a esta hora mi niña?

Miró a su amigo, después a la mujer; trató de que la sonrisa no pareciera falsa.

-Solo quería saber cómo estaban- le besó el dorso de la mano.

-Sabes que está siempre será tu casa y puedes venir cuando quieras- la sonrisa maternal que se dibujó en su rostro la llenó de alegría. Siempre amaría a esa mujer por ser tan buena con ella.

-Ahora me iré a descansar, me espera un duro día mañana- se levantó- Puedes quedarte a dormir si quieres. Tu cuarto sigue igual a como lo dejaste- depositó un beso en su frente, también besó a su hijo- buenas noches a los dos.

La cocina quedó en silencio tras su partida

Ángel no se sentía cómoda con tanto silencio, se dedicó a jugar con la taza de té y miraba su contenido sin mostrar interés.

-Siempre pregunta por ti- fue él quien habló- se enojó mucho cuando se enteró que estaban peleados, casi le manda a la florería por un ramo gigante de claveles. Sabe que son tus favoritos.

Ella seguía sin mirarlo.

-¿Dana Ha venido a molestarlos alguna vez?

Ahora fue él quien guardó silencio, se acarició la nuca incómodo.

-Ha venido un par de veces a amenazar a mamá. Pero jamás le hemos dicho donde estas, por eso no te preocupes.

Temía que su hermana mandara a uno de sus matones para "asustar" a Emiliano y a su madre.

Su hermana era una perra sin escrúpulos.

-Realmente lo siento- sus ojos se humedecieron- solo les causo problemas a tu madre y a ti.

Él la abrazó.

-Somos tu familia, siempre estaremos aquí para ti y te protegeremos.

Limpió las lágrimas de sus mejillas.

-¿Ahora si me dirás qué fue lo que pasó para que llegaras así?

Solo se dedicó a observarlo, sabía cómo reaccionaría al saber la verdad; querría matar a su jefe con sus propias manos, incluso ella quería hacer lo mismo.

Suspiró.

-El joven... digo Ignacio volvió hacer lo mismo de siempre. Humillarme- se relamió los labios reseco.

El rostro del chico se endureció.

-Ese imbécil merece que le dé la paliza de su vida-gruñó- pero esto no se queda así, mañana iré...

Lo tomo por los hombros.

-Lo que menos quiero es que te metas en problemas por personas como él- en su tono de voz pudo escuchar que suplicaba- por favor déjame manejar esto.

-Pero ese idiota...

-Por favor- recargue el rostro en su hombro.

Ella sabía que su amigo era una persona impulsiva, pero también alguien racional.

Lo sintió suspirar, pronto sus brazos la envolvieron tiernamente.

-No lo sé, pero siempre logras hacer que cambie de opinión.

-Porque me quieres- le sonrió.

Eran ya las tres de la madrugada y se encontraba en su antiguo dormitorio. El pequeño cuarto no había cambiado nada en todo el tiempo transcurrido.

No le gustaba la idea de abusar de la buena voluntad de Karina de nuevo; recordaba bien que esa fue la razón por la que buscó un trabajo.

Al recordar en que trabajo terminó, el pensamiento se le llenó de recuerdos tristes, jamás se había arrepentido de algo como ahora. Ángel se acostumbró a su doloroso destino, sin embargo, terminar en la mansión Herrera fue solo su culpa y de nadie más. Salir de ese lugar se transformó en el verdadero problema ahora.

De ante mano sabía que podía volver a la casa de Emiliano, él y su madre la recibirían con los brazos abiertos, pero se rehusaba a ser de nuevo una molestia; también existía la posibilidad de encontrar otro trabajo.

Recordó que quedarse en la casa de ellos solo atraería a su hermana. Dana no descansaría hasta encontrarla y lastimaría a cualquiera que estuviera en medio. La única solución fácil, seguir en la mansión hasta que pudiera encontrar otro trabajo. Así por fin podría decirle adiós a su verdugo.

Sin otra escapatoria decidió dejar el tema para después.

Volvió a girarse incomoda entre las sabanas. No podía dormir.

Su cabeza se envolvió en memorias. Justo en esas noches o en las que caía una gran tormenta, tomaba su almohada y se iba al cuarto de Emiliano a dormir con él.

Él le preguntaba siempre que le pasaba y ella respondía que no podía dormir y que quería que le contara una historia.

A pesar de ser adolescentes nunca hubo maldad en los actos de ambos.

Sin más preguntas él se hacía a un lado para dejarla acostarse, así los dos se sumían en alguna historia disparatada contada por el chico. Tiempo después su amigo compro un libro compuesto de mitos y leyendas que siempre le leía a ella en las madrugadas de insomnio.

Sin prisa, hizo lo mismo que cuando era más pequeña. Tomó su almohada y se encaminó a su cuarto.

Tocó tres veces y abrió la puerta, el castaño contemplaba el techo mientras que por la ventana se filtraban unos ligeros rayos de luna.

La miró desde la cama.

-¿Qué pasa?.

La pregunta le arranco una sonrisa.

-No puedo dormir- entro de entero al cuarto, camino hacía la cama. Él chico se hizo a un lado como le era costumbre, movió las sábanas y le dejó el espacio suficiente para que se acostara a su lado.

Se acurrucó a un costado de él, la sonrisa melancólica en su cara se hizo más grande. Sentía que de alguna forma mágica había regresado en el tiempo, justo a la época en que su felicidad consistía en comer y estar enamorada del chico junto a ella.

-Te he extrañado mucho- le acarició el rostro con la yema de los dedos.

-No quiero estar peleado contigo de nuevo.

El aroma que siempre lo caracterizaba le acarició la nariz. Respiró hondo y soltó un suspiro.

Sus manos le tocaron los hombros con ternura, como siempre solía hacerlo para reconfortarla.

-Lamento haberme comportado como un idiota.

-No importa, siempre he sabido que eres un idiota.

Lo escuchó reír.

Se miraron a los ojos, ninguno dijo nada más, solo se contemplaron. No era porque no tuvieran algo que decirse, no, más bien era que con solo la mirada se decían lo mucho que se extrañaron en todo este tiempo.

La siguiente frase cambió todo por completo.

-No quiero que me dejes Ángel.

Lo observó con total asombro. En el tiempo que llevaban juntos, esa era la primera vez que él le decía algo así, y existía la posibilidad de que no

fuera lo que ella creía.

Le toco el rostro hasta que sus manos llegaron a la nuca. Los latidos del corazón le romperían la caja torácica en cualquier momento. Emiliano se inclinó hacia ella.

Cerró lentamente los ojos y entre abrió los labios para recibirlo. Se encontró con su boca cálida, húmeda y dulce.

Su presión se disparó; podía escuchar la música de fondo, aplausos, incluso veía fuegos artificiales, un millón de sensaciones libraban batalla en su corazón y estómago. Las mariposas le recorrían el cuerpo causando un agradable hormigueo, seguido de un estremecimiento por la invasión de su lengua. <<¡Aleluya!>> vocifero la voz dentro de su cabeza.

Este beso fue muy lento y meticuloso, como si de una caricia se tratara. En la habitación, solo se escuchaba el sonido de sus bocas compartiendo ese encuentro. Ese era el beso que Ángel había esperado desde hace mucho tiempo.

Se olvidó de su pasado, su presente y hasta de su futuro; solo existían esos labios, con los que siempre fantaseo con besar, que imaginaba su textura y se deleitaba con la idea. Pero la realidad era mucho mejor que la ficción.

El chico giro el rostro para tener mejor acceso a su boca, moviendo los labios al mismo ritmo lento que los de ella.

Tras la profundidad del beso las caricias no se hicieron esperar, su piel pedía a gritos más de sus manos y su boca, incluso el cuarto parecía haberse calentado. Las mejillas del chico estaban completamente rojas al momento de separarse para tomar aire.

Se volvieron a mirar fijamente.

-Esto no está bien, tú tienes novia...- en el fondo a ella eso no le importaba.

-Termine hace mucho con ella.

La noticia la sobrecogió tanto como el beso, causando incluso la misma alegría.

-Creí que tu no sentías nada por mí. Pensé que me veías como a una hermana.

Dejo escapar un fuerte suspiro. Se removió en la cama para esta vez

mirar el techo y no a ella.

-Cuando entraste y me besaste...-trago saliva- realmente me gusto, si te considerara mi hermana eso no hubiera pasado.

-Eso no significa....

La hizo callar con otro beso.

-Te quiero. ¿Es qué eso no te basta?

Ángel recargo la frente en sus labios.

-Por supuesto que sí.

Los rayos de sol que entraban por la ventana le lastimaban los parpados cerrados.

Ángel bostezo, abrió los ojos y trato de identificar el lugar donde estaba, al hacerlo los recuerdos de la noche anterior volvieron a su memoria.

Los terribles recuerdos de la humillación que había sufrido le encogieron el estómago, fue peor al darse cuenta que tenía que volver a la mansión.

Levanto el rostro para mirar el reloj que descansaba sobre la mesa de noche, los números digitales marcaban la una de la tarde.

-¿Tanto dormí?- se levantó de un salto.

Buscó desesperada sus zapatos, pero no los encontró por ningún lado. Volvió a recordar.

Ese no era su cuarto, si no el de Emiliano y la cama donde había dormido también.

Sonrió radiante, incluso dio unos ligeros saltos por la excitación.

Él la había besado y no solo eso, antes de dormir le pidió que fuera su novia.

¡Se había convertido en la novia de su Emiliano!

Capítulo 13

Se abrazó a si misma mientras daba varias vueltas, así estuvo hasta que el techo y todo el cuarto parecían estar en movimiento mareándola. Se dejó caer en la cama.

La sensación desconocida que su cuerpo experimentaba la hizo sentir más ligera, como si su cuerpo no pesara nada y en cualquier momento se iría flotando hasta llegar al cielo. La sonrisa en sus labios crecía por momentos, incluso ganas de llorar tenía. Nunca pensó un día llorar de felicidad, pensaba que las personas solo lloraban de tristeza.

Recordó el beso que ella y su novio compartieron hace solo unas horas, podía sentir la suave boca del chico aun sobre la suya, recordaba el sabor de sus labios porque se había obligado a no perder esa sensación nunca.

Unos leves golpes en la puerta la sacaron de su nebulosa.

-¿Ángel, ya has despertado?- era la voz de Karina.

-Sí- se sentó en la orilla de la cama- Pasa.

La mujer entró con una bandeja llena de comida.

-Espero tengas hambre, te he preparado el almuerzo y la comida- los ojos se le iluminaron con solo ver la charola.

Anoche no había podido cenar y de solo ver el plato se le hizo agua la boca.

-Gracias- sin más devoro lo que la mujer le había traído.

-Parece que no te alimentan bien en ese lugar donde trabajas.

-Si lo hacen- trago- es solo que tu comida siempre sabe deliciosa.

La mujer sonrió por el halago.

-Mi hijo se ha ido al trabajo con una sonrisa y te acusa a ti por eso. ¿Qué ha pasado?

Ella bebió un trago largo de leche.

-No sabía que tuviera un trabajo.

-No me cambies el tema- la recrimino con una sonrisa.

-Bueno...- se rasco el cuello algo ansiosa- este, pues, Emi me pidió que fuera su novia- agacho el rostro avergonzada.

-¡Felicidades!- la envolvió en un cálido abrazo- sabía que mi hijo no era un completo tonto.

Sonrió.

-Yo te quiero como si fueras una hija, realmente me gustaría verte feliz y si es a lado de mi hijo más gusto me da.

-Gracias.

El reloj marcaba cinco para las dos.

-¡Dios! ya es muy tarde- se levantó- lo siento tengo que volver al trabajo, si no me despiden.

Apresurada recogió sus cosas- que no eran muchas- besó a la mujer, le dio las gracias por todo y salió de ahí.

Suspiró mientras corría por la calle, no quería pensar en lo que sucedería cuando llegara a la mansión.

Se encontraba frente al gran portón, preguntándose si debía tocar el intercomunicador para que la dejaran entrar.

Reuniendo el poco valor que le quedaba, lo hizo. En menos de veinte minutos ya estaba frente a los escalones que daban a la entrada de la casa. Se giró para entrar por la puerta de empleados. Sería un suicidio entrar por la puerta grande.

Con el corazón a mil, escucho como giraba la perilla de la puerta principal justo cuando ella estaba por bajar el último escalón. El alma le abandonó el cuerpo; igual a si hubiera estado esperando todo este tiempo frente a la puerta a que ella llegara, se encontró cara a cara con su jefe, una mirada

iracunda grabada en sus ojos lo hizo ver grande e imponente.

-Al despacho. ¡Ahora! - dicho esto, salió de su vista.

Ángel se quedó estática.

Como una condenada a muerte se dirigió a donde le dijo. Entonces medito la situación, lo más seguro es que él la despidiera, lo que sería para ella una bendición y justo lo que quería. Salir de "la boca del lobo".

Se deshizo de la pesadez en su cuerpo y camino con el rostro en alto, no había nada que temer ella no hizo algo de lo que tuviera que arrepentirse por el contrario era él quien debería pedirle una disculpa.

Al entrar sintió de nuevo un "deja vú" acompañado de una ligera tristeza. La última vez que había estado ahí fue para curar la mano herida de Ignacio y él se había comportado amable con ella.

Sin embargo, ahora era diferente él no tenía la mano cortada, ni ella sentía que debía cuidar o curar sus heridas.

Cerró la puerta fuertemente, con el único propósito de que él se enterará que había seguido órdenes. Ignacio continuó dándole la espalda, con las manos unidas tras la espalda. Todo en él le decía que le haría una gran bronca.

- Así que te parece ético no dormir aquí y todavía a parte regresar a estas horas- no sonaba como una pregunta.

Ella no respondió, no la invadía la necesidad de hacerlo, no debía responder a ninguna de esas estúpidas preguntas. Él no tenía derecho a ponerse en el plan de la víctima no después de lo que le hizo ayer a ella.

El odio de la noche anterior regreso con la misma fuerza que antes, una sola idea se le vino a la cabeza <<Sí tomo ese pisapapeles de su escritorio y le doy un golpe fuerte en la cabeza ya no tendré que lidiar con él nunca más>>. Incluso apostaba uno de sus riñones a que no levantarían cargos si lo mataba. Por el contrario, le darían un reconocimiento por deshacerse de basuras como él.

-¿No piensas contestar?!- el puño contra la mesa de roble la hizo volver a la realidad; los gritos y los golpes no la asustaban, hace mucho que se acostumbró a ellos.

-¿Qué se supone que tengo que responder?- le preguntó en el tono pasivo.

Por fin se dio la vuelta. Solo para dedicarle la peor mirada que pudo, incluso unos cardenales rojos le adornaban el iris.

-¿Dónde estuviste toda la noche?- gruñó.

-Eso es algo que a usted no le importa.

Ignacio acorto la distancia entre ellos en tres zancadas; en cuanto la tuvo enfrente la tomo firmemente del brazo. Por primera vez la vio reflejar miedo.

-Mira sirvienta mosca muerta, tú tienes que responder a lo que te pregunte porque por eso te pago.

Ángel se apartó dando un fuerte movimiento para librarse de su agarre, no pretendía ceder. La furia de él no la asustaba.

Solo era un niño haciendo su rabieta del día.

-Sí, tiene razón soy su empleada, pero eso no le da derecho a meterse en mi vida y tratarme como lo hizo- lo retó con una sonrisa- si no le parece mi actitud, despídame.

Soltó una carcajada.

-Estoy seguro que eso es lo que quieres, pero estas muy equivocada si crees que eso es lo que haré.

Se acercó y la tomo esta vez de la cintura, teniéndola como quería. Frente a frente.

El deseo de la noche anterior volvió a domarlo, tenerla tan cerca después de lo sucedido ayer lo estaba desquiciando.

Quería besarle de nuevo, quería enredar sus dedos en su sedoso cabello. La quería a ella.

La miró con más atención, reconoció aquella camisa con el estampado. La había visto en otra parte; además de que era notorio que no llevaba la ropa que él le había puesto. Fue en esos momentos cuando recordó.

Antes de que su estúpido novio le diera el golpe aquella vez lo único que vio de él fue esa misma camisa.

-Estuviste con ese estúpido.... tu maldita zorra...

Esta vez lo empujó de un golpe, haciéndolo caer en uno de los sofás.

-¿Me llama zorra por estar con la persona que quiero?!- se alejó para mirarlo a los ojos- ¡En ese caso si soy una zorra! Prefiero serlo a ser la puta de Ignacio Herrera, eso sí sería caer bajo.

La sujetó de nuevo por las muñecas. Estaba segura que le saldrían moretones; le obligo ahora a ella a sentarse en el sofá, al ver que intentaba escapar aprisiono sus piernas con las rodillas y colocó sus brazos a ambos lados de su cabeza.

La tenía sometida.

Ignacio sonrió de una forma completamente lasciva, con lentitud se inclinó sobre ella para mordisquear su mentón.

Intento alejar el rostro asqueada de su contacto. En modo de respuesta, apretó su cuerpo contra la temblorosa anatomía de la chica.

-Nunca me compares con el "don nadie" de tu novio- le susurro de una forma amenazante- Y te sugiero una cosa mi bella "flor de cementerio"- sujeto con fuerza su rostro obligando la a mirarlo directo a esas dos esferas negras vacías- Nunca digas cosas de las que después te puedas arrepentir. Tú eres solo mía.

Capítulo 14

La ira por fin la inundo, los ojos de la chica estuvieron a punto de salirse de su rostro; cuando encaro la sonrisa de triunfo que él le dedicaba.

-¡Yo no le pertenezco!- le escupió las palabras- Emiliano es el hombre del que estoy enamorada que le quepa en la cabeza de una puta vez.

El sujeto lanzo una risotada al aire, esta vez más divertido que antes.

No cabía duda de que la tenía en sus manos y obtendría de ella lo que él quisiera. Bajo la manga de su playera y besó lento y preciso la piel descubierta de su hombro.

-Tú harás lo que yo diga o le diré a tu hermana donde estas- como si del clima se tratara la noticia que acaba de darle, no se distrajo de acariciar el cuerpo de su ahora prisionera.

Ángel dejó de respirar en el instante de escuchar sus palabras. Lo que decía no podía ser cierto, él no podía saber de la existencia de su terrible pasado; porque saber de su hermana, era enterarse de todo lo malo que ella siempre intento esconder de los demás. Solo Karina y su hijo sabían de donde venía ella y quien fue su familia.

Entonces... ¿Cómo demonios, se había enterado él?

Ignacio continuaba absorto en acariciar su cuerpo, había pasado de su cuello a mordisquear el lóbulo de su oreja.

-¿Asustada hermosa?

-¿Cómo...?

Lamió su labio inferior haciéndola callar.

-Sabía desde un principio que escondías algo, pero jamás pensé que fuera algo tan peligroso- la miró directo a los ojos- ¿Tu amado "don nadie" está enterado de esto?

Se rehusó a contestar cualquier pregunta que le hiciera. Sin embargo, era cada vez más difícil mantenerse indiferente a todo esto. Creyó tontamente haber logrado salir de esa dolorosa realidad; un mundo vacío, lleno de carencias, odio, violencia y que solo giraba en torno a dinero mal habido.

Ella misma había visto a la gente hacer hasta lo más despreciable por

unos cuantos miles de pesos.

Su madre y su hermana le arrebataron la posibilidad de una buena familia, un hogar y la poca inocencia que le quedaba. Asqueada de todo ese entorno logro salir de ese lugar y después se juró nunca volver.

Ahora, la poca tranquilidad que tenía se veía eclipsada por los caprichos de un niño rico y desalmado como Ignacio.

-¿Qué es lo que quiere?- se negó a mirarlo a la cara, no soportaría ver la satisfacción que esto le causaba.

-¿Perdón?- se inclinó sobre ella, clavando las dos esferas oscuras que tenía por ojos en su rostro.

Maldijo el estremecimiento que le recorrió la espalda entera, que no era precisamente por el miedo que le causaba la situación. Cualquiera sabría la diferencia entre el miedo y el... placer.

Por más que lo negara la atracción que se había desarrollado aquella noche atrás, no desapareció como ella lo deseo con todas sus fuerzas; seguía ahí, como un parásito alimentándose de sus sensibles terminaciones nerviosas y los latidos frenéticos de su corazón, llevándose también su pensamiento.

-¿Qué es lo que quiere por mantener la maldita boca cerrada?- no pretendía ser amable.

Si se ofendió, él no hizo ademán de demostrarlo. Por el contrario, sus ojos se volvieron audaces.

Se inclinó aún más sobre su cuerpo, quedando sus rostros a centímetros, pero no la beso, bajo la vista hacia su cuerpo.

-Aun me cuesta creer que mi sirvienta personal sea una ladrona y estafadora, incluso creo que prostituta.

-iYo jamás me entregue a un hombre por dinero!- podía haber sido muchas cosas, pero nunca una puta.

-¿Eso significa qué eres virgen?- rosó levemente sus labios con los de ella.

La chica sonrió sin ganas.

-Así que eso es lo que quiere.

El tono pálido de su rostro no contrastaba con la seguridad que reflejaba. La fachada de frialdad se le había esfumado hace mucho.

Ignacio dio en el blanco ella aún era virgen y había contado con que lo sería hasta que llegaría alguien que la amará y ella a él. Su sueño se fue al desagüe al saber sus intenciones.

-Sí y no- le acarició el cuello.

No encontró otra manera para que ella no lo abandonara. Quería que Ángel se enamorara de él, odiaba la idea de que quisiera al estúpido ese.

Solo él podía disfrutar de su cariño, de sus sonrisas, de sus cuidados y también de su cuerpo. Y saber que nadie la había tocado en todo este tiempo, lo lleno de alegría y deseo.

El sentimiento de posesión que sentía hacia todas sus parejas era el mismo que experimentaba con ella, solo que existía algo más, algo distinto, pero le restó importancia en esos momentos.

Su sirvienta solo sería una presa más, lo que la hacía ligeramente diferente- pero no por eso restaba de importancia- era el hecho de ser pura y casta. Ignacio sabía que disfrutaría de cada parte de ella.

La idea lo excitó por completo.

-No solo quiero tu "pureza". Te quiero a ti- la tomo por la cintura, apretándola contra su propio cuerpo. Olfateo el tenue perfume impregnado en su piel y disfruto la suavidad de sus pechos contra su cavidad torácica.

-Prometo no decirle a Dana donde estas, si tú eres mía.

Miró sin mirar a la persona frente a ella, no quería estar de nuevo en una cárcel, no quería someterse de nuevo a las órdenes de alguien más, que incluso le dijera como debía vivir. Pero no tenía más escapatoria que hacerlo, su hermana era mil veces peor que él. Y no regresaría.

Contuvo el llanto y se intentó tragar el nudo en su garganta, no le daría la satisfacción de verla llorar. Antes muerta que mostrarle tu debilidad al enemigo. Esa misma frase se la enseñó su hermana. Un sabor amargo vino con el recuerdo.

-Está bien, será como usted quiera- destensó los músculos y bajo la cabeza. Un mundo de mostrarle a su opresor que se rendía.

Nota: Es aquí donde le doy un receso a la historia, muchas gracias por leer y darle seguimiento. Pero he decidido dividir la historia en tres partes y aquí se termina la primera.

Les recomiendo pasar a leer la segunda parte llamada "Mi verdugo". Donde la historia de este triangulo amoroso continua.